



**SILVER
KANE**



CRIMEN EN EL PROFUNDO SUR



SILVER KANE

CRIMEN EN EL PROFUNDO SUR

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 947

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTÁ • BUENOS AIRES

CARACAS • MÉXICO • RIO DE JANEIRO

Depósito Legal, B. 29.686 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: setiembre - 1968

© SILVER KANE - 1968

sobre la parte literaria

© JORGE NÚÑEZ - 1968

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

CAPÍTULO PRIMERO

—¡No! ¡No lo hagas! ¡Perdónameee...!

Los gritos sonaban lejanos, ahogados, en la profundidad caliente de la noche.

—¡Perdóname! ¡Te lo suplicaré de rodillas! ¡Por favoor...!

La voz patética de la mujer se perdía entre los cañaverales, parecía hundirse en los charcos de agua sucia, abrazarse a los árboles llorones que se alzaban solitarios aquí y allá.

—¡Por Dios! ¡No lo hagaas...!

Pero los pasos del hombre seguían resonando quedos, insistentes, tras ella.

La mujer avanzaba entre los cañaverales, más agotada cada vez, sintiendo que las hojas le daban en la cara, que se le cortaba la respiración, que las piernas ya se negaban a sostenerla.

—¡No lo hagaas...!

En realidad hubiera debido callar, deslizarse sin ruido por entre los cañaverales, llegar en silencio hasta el río, donde tal vez hubiera podido sumergirse y escapar. Pero le faltaba la serenidad suficiente para eso. Sólo sabía huir, huir alocadamente, gritando y gimiendo, sin darse cuenta de que así el hombre estaba constantemente sobre su pista.

Pronto oyó junto a ella el ruido de sus pasos. Y pronto creyó sentir en la nuca el aliento caliente de su perseguidor.

—¡No! ¡Noooo...!

La manó cayó brutalmente sobre sus cabellos. La carrera de la mujer se vio frenada en cuestión de segundos.

—¡Ven aquí, maldita!

—¡No! ¡Nooo! ¡Nooooo...!

Los alaridos parecían llenar la noche, pero nadie los oía en la inmensidad de los cañaverales, en aquella zona de sombras, en aquel espacio intermedio entre la tierra y el agua que pies humanos

parecían no haber hollado jamás.

Dos manos rasgaron las ropas de la mujer, que estaba tendida en el suelo.

—Ahora verás, condenada.

El cuchillo brilló a la luz de la luna. La mujer abrió sus ojos redondos, desmesurados, donde brillaban mil patéticas lucecitas de terror.

Lo último que pudo balbucir, cuando el cuchillo rasgaba ya su piel, fue:

—¡No lo hagas...!

Si usted penetra en Georgia por carretera, viniendo desde Carolina del Sur, y quiere seguir la línea de la costa, se detendrá sin duda en Savannah, que forma frontera y tiene unas magníficas playas, frecuentadas casi todo el año, pues el calor permanente de la tierra parece haberse contagiado al mar. Al condado de Chatham seguirá el de Liberty, y luego el de Long, hasta encontrar un río cuyo nombre tiene resonancias indias, el viejo río Altamaha.

El hombre que había penetrado en Georgia desde Carolina del Sur había hecho más o menos esta ruta, hasta que penetró en el condado de Jeff Davis y subió hasta Lumber City, situada prácticamente sobre la confluencia de los ríos Altamaha y Little Ojmukgoa.

Lumber City apareció ante sus ojos como una tierra plana, cálida, húmeda, apta para la cría del algodón y del mosquito, y para rascarse el ombligo en las interminables tardes de verano, mientras se hacía la siesta. Las casas eran bajas, como máximo de tres plantas, aunque la mayor parte de ellas tenían una sola. El punto más alto era la torre de una iglesia de madera, si se exceptuaba el enorme anuncio de neón, que por la noche iluminaba toda la ciudad y que proclamaba a los cuatro vientos: «Hilaturas Jeffer. Hechas con el mejor algodón de Georgia».

El joven vio todo aquello y se convenció, ya a distancia, de que Lumber City sólo tenía unas tres calles bien pobladas, aunque en ellas se aglomeraban los comercios y los anuncios, de modo que por las noches debían parecer tan iluminadas como una calle de Tokio (eso lo imaginaba el visitante, claro, porque lo cierto era que nunca había estado en Tokio). El resto, fuera de esas calles, estaba constituido por edificios de una sola planta que parecían vacíos, por

casitas minúsculas, aptas para que las habitaran los jubilados y por enormes y silenciosos almacenes con las puertas siempre abiertas, donde por las noches acudirían a besarse las parejas mientras ella murmuraba siempre lo mismo: «Sobre todo que papá no lo sepa».

El joven dejó de prestar atención a todo aquello para poner los ojos en el capó de su motor, bajo el cual se oía un ruido sospechoso, o mejor dos: por un lado faltaba la gasolina y el motor hacía ya «trac, trac»; por otro, el agua del radiador estaba hirviendo, y el indicador del *tablier* parecía haberse dormido en la zona de peligro, en la zona roja.

Vio a no mucha distancia una estación de servicio, en el cruce de carreteras, la que llevaba a Lumber City y la que seguía hasta las profundidades de la cálida Georgia. El joven acarició el volante, miró el coche y pareció decidir que con un poco de esfuerzo conseguiría llegar hasta allí.

Una vez cerca, distinguió bien las letras del rótulo escritas sobre un fondo de color amarillo. Aquellas letras proclamaban para todo aquel que se acercase el nombre de la estación de servicio:

«PARADOR DEL ALEGRE JOHNNY»

Sin embargo, el tipo que se acercó al coche del recién venido tenía una cara de mala uva que tumbaba de espaldas.

El joven asomó la cabeza por la ventanilla y preguntó:

—¿Es usted el alegre Johnny?

Le contestó con un gruñido.

—¿Y si lo fuera qué?

—Nada, hombre, nada... Me alegro de que su estación de servicio esté precisamente aquí. Tengo la sospecha de que no hubiera podido llegar mucho más lejos.

El alegre Johnny puso aún más cara de mala uva y miró el vehículo detenidamente.

—Sí, ya he oído un ruido extraño mientras se acercaba —dijo—. ¿Cómo se atreve a ir por el mundo con este petardo? ¿Por qué rueda con ese viejo 59?

—Será porque no tengo dinero para comprarme un nuevo 68 —se disculpó el joven.

—Bueno, ¿y qué quiere?

—En primer lugar, gasolina. Cuatro galones. Y en segundo lugar,

agua para el radiador.

El alegre Johnny, maldiciendo en voz baja, se acercó al surtidor, destornilló la tapa del depósito e introdujo en ella la punta de la manga. Sirvió cuatro galones sin apartar los ojos del marcador, no fuera que se le pasase.

El joven ya había alzado el capó. La tapa del radiador parecía ir a saltar de un momento a otro, bufando. Unas rugientes oleadas de humo salían por todos los intersticios.

—¡Qué asco! ¡Y pensar que hay tipos como usted que se atreven a viajar así! Deberían meterlos a todos en la cárcel, en lugar de consentir que molestaran —dijo amablemente el alegre Johnny.

El joven miraba el radiador reflexivamente.

—Para mí que está obturado —dijo—. Esto no es normal. Habrá que limpiarlo a fondo y ver qué pasa.

El alegre Johnny lanzó un gruñido.

—No se lo puedo hacer ahora. Tendrá que ser por la tarde.

—Le ayudaría si hiciera falta.

—Ni hablar. No quiero que nadie meta las narices en mis asuntos. Por la tarde vendrá mi ayudante, el joven Kilby, y entre los dos lo repasaremos.

—¿Es de confianza el joven Kilby?

—Imagínese. Lleva en este trabajo desde la Gran Guerra de 1914. Se jubila el año que viene.

El dueño del coche tragó saliva, miró lo que le rodeaba y se abstuvo de hacer comentarios.

—¿Dónde puedo dejar mi coche mientras tanto? —preguntó al fin.

—¿Esa chatarra? Donde no moleste —dijo el alegre Johnny, poniendo cara de muerto.

El joven vio que había espacio de sobras, como en todas partes. El Sur se caracterizaba porque en todas partes había espacio de sobras, excepto en las viviendas de los negros, que se apretujaban todos en la misma choza. Empujó su viejo 59 hasta un ángulo donde no entorpeciera el paso, y ni que decir tiene que en esa tarea el alegre Johnny no le ayudó. Por el contrario clavó en él unos ojos inquisitivos y llenos de puntitos amarillos, como el color de su anuncio.

—Págueme —exigió.

El joven miró lo que marcaba la máquina, extrajo un pequeño fajo de billetes y lo tendió hacia el alegre Johnny, que los contó y los guardó en su bolsillo.

—Vuelva por la tarde —dijo—. Pero sin prisas.

—De acuerdo... Aprovecharé para conocer un poco esta ciudad. ¿Dónde se puede comer algo en Lumber City?

—Aquí —dijo el alegre Johnny, señalando un anexo de la estación de servicio, donde otro anuncio proclamaba: «Hamburgers y platos combinados a todas horas».

—Me gustaría comer una hamburguesa —dijo el joven—. Una hamburguesa con cerveza fría.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque ahora está cerrado.

El joven alzó dos dedos, entrechocó sus uñas y se produjo un leve «tlic» en el aire.

—Bueno —dijo—, probaré suerte en el centro de la ciudad. De todos modos, muchas gracias.

—De nada, joven. Ya lo sabe; a disponer —dijo volviéndose de espaldas, el alegre Johnny.

Si usted decide pararse en Lumber City encontrará poca cosa; la susodicha iglesia de la torre de madera, dos Bancos que abren sólo por las mañanas, unos cuantos cafés que aún tienen el aire de los viejos *saloons*, pese a que Georgia no ha sido jamás el clásico Oeste, unas tiendas y una casa de cortinillas echadas desde cuyas ventanas sonríe de vez en cuando alguna señorita, pese a que el jefe de policía les tiene advertido que cualquier día va a cerrar aquello y que tienen que actuar mucho más discretamente.

También hay dos cines y un teatro. En el teatro había unos llamativos anuncios esa mañana.

Todo lo dicho fue lo que encontró el joven al entrar en Lumber City con paso más bien cansino. Era alto, fuerte y debía tener unos veinticinco años nada más. Pero pese a que no todo el mundo puede ser alto, fuerte y tener además veinticinco años, o sea la vida por delante, el recién venido no parecía demasiado feliz. Con las manos en los bolsillos, miraba de un lado a otro de la calle. Había un sector de ésta donde se apreciaba una inusitada animación, justo

enfrente de la imprenta donde estaba instalado el periódico comarcal, que se tiraba allí. La gente debía esperar alguna noticia sensacional, pero en todo caso —pensó el joven—, debía ser sensacional para ellos, para los lugareños de Lumber City. Por ejemplo algo de si iban a bajar o no los impuestos sobre el algodón. A él eso no le interesaba.

Fue a entrar en un par de cafés, pero antes consultó las listas de precios exhibidas en las puertas, y ninguno pareció interesarle. Se veía a una milla de distancia que no debía andar demasiado bien de dinero. Por añadidura su traje, aunque correcto, empezaba a estar ya un poco ajado.

Al fin fue a entrar en uno de los cafés, pero en el momento de hacerlo se detuvo. Algo había llamado más su atención. Eran los anuncios y los dibujos que se exhibían en la fachada del teatro local.

Eran unos anuncios a colores y unas letras que indicaban la calidad del espectáculo:

«ESTA NOCHE GRAN PRESENTACIÓN DE IRMA. LA
ESTRELLA DEL *STRIP-TEASE*. UN AUTENTICO
MONUMENTO DE SEDUCCIÓN, ALGO NUNCA VISTO
VENGA USTED Y DEJE A SU MUJER EN CASA».

El joven se acercó poco a poco, mirando los dibujos, y las fotografías, ya que éstos eran más importantes y más sugestivos que el texto.

Se veía en ellos a una mujer morena, de radiante belleza. Tendría unos veintitrés años justamente, o sea la edad mínima en que se puede entrar a trabajar en un espectáculo de esa clase. Iba muy ligerita de ropa, quizá porque en Georgia casi siempre hace calor. En una de las fotos, muy ampliada, se quitaba una media. En el dibujo contiguo demostraba al público que los sostenes se le habían ido quedando pequeños, y en esas condiciones, ¿por qué aguantar la molestia y llevarlos puestos?

Los ojos del joven se entrecerraron.

Lo miraba todo con atención, con enorme interés, pero hubiera sido imposible decir qué clase de sentimientos pasaban por él en este momento.

En aquel momento oyó el chasquido de una seca bofetada.

Se volvió y pudo ver a un hombre que rodaba hacia la calle, desde los peldaños del teatro. La bofetada le había hecho dar tantas vueltas como a una peonza. Se trataba de un negro no ya demasiado joven, y vestido con humildad.

El que le había golpeado, un blanco enorme, con muñequeras adornadas de hierro —como los collares de los perros—, en ambas manos, le miró con ira desde la entrada.

—Viendo carne blanca, ¿eh, puerco? Soñando y soñando, porque soñar no cuesta nada, ¿verdad, maldito? ¡Pues ni eso puedes hacer! ¡Y si vuelves a poner los pies aquí te mato, cerdo!

El negro se llevó la mano a la mejilla, que le estaría quemando una semana entera.

—Entraba para trabajar, señor Donald.

—¿Trabajar tú? ¿Y aquí?

—Me han empleado para la limpieza, señor Donald.

—¡Eso no me importa! ¡Largo de aquí! ¡Te quiero al menos a media milla de donde haya carne blanca!

Otras personas, además del joven, habían sido testigos del hecho, pero no le daban importancia. Pasaban con indiferencia junto al caído.

—Señor Donald... Se lo ruego... Es el primer trabajo que tengo en dos meses, desde que usted me echó de la fábrica del señor Jeffer. Necesito entrar ahí.

—Cuando quiten los anuncios.

—Pero...

—¡Fuera!

El joven recién llegado a Lumber City se acercó pausadamente. No parecía sentir la menor emoción, pero miraba fijamente a Donald. Cuando estaba a dos pasos, murmuró:

—¿Por qué no puede entrar este hombre, si es cierto que trabaja aquí?

Donald le miró también.

—¿Quién es usted?

—Un forastero.

—Pues váyase al cuerno.

—Cuando ese hombre haya entrado a trabajar. No creo que sea ninguna inmoralidad lo que pide.

Donald arrugó el entrecejo.

—Sólo quiere mirar las fotos y los dibujos. Ver carne blanca.

—Las fotos y los dibujos están fuera, no dentro. De modo que déjele pasar.

Donald arrugó el entrecejo aún más.

—Bueno —dijo—. Lo siento por usted y por mí. No me gusta atizar a nadie antes del almuerzo.

Movió la derecha con rapidez fulminante y trató de clavar en la cara de su enemigo, no la mano, sino las aristas de hierro que arañaban su muñequera. El forastero, sin embargo, se había dado cuenta de aquello a tiempo. Esquivó, agachando la cabeza, y sorprendiendo a Donald con la guardia demasiado alta, se introdujo materialmente entre sus brazos, largando dos ganchos hacia arriba.

Los dos alcanzaron de lleno su objetivo, que era la mandíbula de Donald. Éste abrió mucho los ojos y quedó K. O., cuando aún estaba en pie. Luego se derrumbó igual que un poste contra el que acaba de chocar una trituradora. El choque de su corpachón hizo temblar los escalones de madera del teatro.

El recién venido no se molestó demasiado en comprobar las consecuencias de todo aquello. Fue tranquilamente al café donde ya había estado a punto de entrar antes y se acodó en la barra.

—Una hamburguesa con cerveza muy fría —pidió.

—Okey.

Se la prepararon en un momento. El camarero no parecía haberse enterado de lo ocurrido en el teatro, pese a la poca distancia que había entre un local y otro. El joven fue a llevarse la hamburguesa a la boca cuando alguien le tocó en la espalda.

—Eh, amigo.

Se volvió. Pudo ver dos ojos grises que le miraban fijamente. Un hombre alto y fuerte, tan alto y fuerte como él. Una camisa clara y unos pantalones azules. Sobre los pantalones azules, dos esposas y un revólver. Sobre la camisa clara, una estrella plateada donde se leía: «Lumber City. Deputy *Sheriff*».

El joven dijo:

—Vaya, ya llegó.

No pudo seguir comiendo. El otro le cacheó rápidamente, aprovechando que tenía las manos en alto.

Cuando se convenció de que no llevaba armas, se distanció a un

paso de él.

—Documentación.

El joven se la mostró.

—Vaya... De modo que John Murray. Detective privado en Nueva York. ¿Qué hace aquí?

—Vacaciones.

—¿De verdad?

Y el jefe de la policía paseó una mirada despectiva por el traje ya ajado y por la cartera, donde no había más que un solitario dólar, quizá como recuerdo de otros tiempos mejores que ya no volverían más.

—Venga conmigo —decidió.

—¿Me detiene?

—¡Venga y cállese!

Murray se encogió de hombros y siguió al jefe de la policía, sin haber podido probar bocado. El *deputy sheriff* se volvió hacia el camarero.

—Yo mismo te pagaré eso. Hala, fuera.

Murray salió.

En el teatro ya no se veía ni rastro del fornido Donald ni del negro que poco antes había rodado por los peldaños. En cambio, seguía habiendo bastante gente en las inmediaciones del diario local.

La oficina del jefe de policía se encontraba cerca al doblar la esquina. Estaba amueblada con un gusto algo anticuado, con el gusto de los viejos caciques del Sur. Se adivinaba que el presupuesto que la ciudad destinaba para su protección era muy menguado, y que la policía no andaba boyante.

Un agente lleno de arrugas era el único que estaba en el vestíbulo y, por lo visto, tenía que atender a todo: a las denuncias, a la centralita telefónica y a las llamadas de su jefe. Claro que seguramente allí nadie denunciaba nada, nunca sonaba el teléfono y el jefe no aparecía más que una vez al mes. Pero de todos modos, el agente con la cara llena de arrugas parecía bastante preocupado. Sobre su mesa, muy cerca de él, un letrero indicaba: «Palmer».

—¿De qué modo llaman a éste? —preguntó Murray al pasar—. ¿Quizá «Bebé Palmer»?

El jefe de policía se volvió bruscamente hacia él.

—¿Cómo lo ha adivinado? —preguntó, abriendo mucho la boca.

Un par de moscas gordas como puños merodeaban por el despacho. El ventilador no funcionaba, y a lo que se veía, el aparato de aire acondicionado que había en una de las ventanas, tampoco. El *deputy sheriff* se secó unas gotitas de sudor.

Murray dirigió una mirada de soslayo al letrerito que había sobre la mesa. Allí se leía: «Baxter, Dpt. Police Chief».

Se sentó, cruzó las manos sobre el pecho y preguntó tranquilamente:

—¿De qué me acusa, señor Baxter?

—En primer lugar de bronca. Ha pegado a Donald, el capataz del señor Jeffer.

—Fue porque él pegó antes a un negro.

—¿Sólo por eso?

—Bueno... También le prohibía entrar a trabajar. Eso, creo yo, es un delito de coacciones y está penado por la ley.

—El negro dice todo lo contrario —murmuró Baxter—. Asegura que usted le pegó sin causa, a pesar de que la actitud del señor Donald era la mar de pacífica y razonable.

Murray cerró un momento los ojos. No tenía duda de que, en efecto, la declaración del negro había sido ésa. El jefe de la policía no le hubiera engañado, ya que luego la declaración tendría que hacerse por escrito.

—Nadie puede salvar al que no quiere salvarse —dijo Murray, lentamente—. Lo siento por ese negro. Toda la vida será un esclavo.

—Es un cargo grave —dijo el *deputy sheriff*—. Le puede costar dos semanas de cárcel, pero no es eso lo peor.

—¿Acaso hay más?

—Desde luego que hay más. Johnny, el de la gasolinera, ha venido a quejarse. Dice que usted le engañó. Que al pagarle le dio los dólares doblados de una manera que el mismo billete se contaba dos veces. Dice que luego lo comprobó, y no me extraña, porque Johnny soba sus dólares al menos cinco veces cada día. Usted es un estafador, señor Murray...

—Le he defraudado en un dólar.

—Así es.

Murray hizo que otra vez crujieran sus uñas. Sí, era cierto. Se

había ahorrado un dólar para así poder comer una hamburguesa y beber una cerveza fría. Era el dólar soltero, sin pareja, que flotaba aburridamente en su cartera, como recuerdo de tiempos mejores.

Pero no estaba dispuesto a reconocerlo, de modo que dijo:

—No.

—De todos modos daré crédito a la declaración del alegre Johnny —dijo el *deputy sheriff*—. Él es un ciudadano honrado, mientras que usted no pasa de ser un forastero camorrista y sospechoso. El dichoso dólar puede costarle dos semanas de cárcel más.

—No debí haberme parado en Lumber City —dijo calmadamente Murray—. El aspecto de la ciudad ya no me gustaba de lejos.

—Sobre eso también quería hablarle. ¿Cuándo ha llegado usted?

—Esta mañana.

—¿Seguro?

—¿Y por qué no?

—Porque quizá pueda acusarle de algo más interesante —dijo Baxter—. Porque tal vez usted llegó anoche, y no esta mañana. Sí —añadió—, una acusación más interesante.

Murray palideció.

—Diablo —dijo—. ¿Es que hay algo más?

—Sí —murmuró el *deputy sheriff*—. Un asesinato.

El depósito de cadáveres de Lumber City está en un sitio muy curioso, justo detrás del principal teatro, de modo que mientras las musiquillas suenan y taconeán las vicetiples, los muertos, a poca distancia de allí, por fuerza han de pasarlo en grande.

Claro que no son muchos los cadáveres que visitan aquel lugar. Algún accidentado, algún tipo que no se puso de acuerdo con su mujer. Puede decirse que el depósito mortuario de Lumber City tiene una vida más bien apagada y pacífica.

Tuvieron que pasar por delante del teatro, donde se veían los dibujos y las fotos. Sobre todo, la foto de aquella morenaza que se quitaba tan delicadamente una media.

Baxter murmuró:

—Bonita, ¿eh?

—Ujú.

La gente de la ciudad estaba excitada. Decían: «¡Lo nunca visto!

¡Un *striptease* aquí!». Había quien se alegraba y había quien se tiraba por las paredes. Los miembros de la Liga Moral, que son muchos en esta ciudad, querían quemar el teatro.

Murray se limitó a decir:

—Con el calor que hace...

Bordearon el teatro y entraron en una especie de cobertizo posterior, donde por fortuna sí que funcionaba el aire acondicionado. Allí había un pequeño vestíbulo, un velatorio vacío y la sala de autopsia propiamente dicha, donde existían dos mesas. El conjunto resultaba moderno y debía ser bastante eficaz.

—Lo mandó construir un vecino millonario —explicó el policía, al notar la mirada interrogante de Murray—. Estaba seguro de que moriría en accidente y quería que le hicieran la autopsia legal en un sitio decoroso.

—¿Y murió de un accidente aquí?

—No. Murió de una indigestión en Birmania —dijo el policía, chascando los dedos—. Y ahora, sígame.

Sólo había una mesa ocupada, y en ella se veía un bulto cubierto por una sábana. El *deputy sheriff* tiró de ella bruscamente, descubriendo el cadáver.

Murray entrecerró los ojos.

Veía las piernas esculturales, sólo que ahora no llevaban medias.

Veía aquel cuerpo de diosa que tanto había llamado la atención en los carteles del teatro.

Veía a la morenaza, a la estrella del *striptease*, sólo que ahora, tal como estaba, no la hubiera contratado nadie.

CAPÍTULO II

Baxter le señaló el terrible tajo que casi le separaba la cabeza del tronco y apuntó luego con el mismo dedo a Murray.

—¿Lo ve? Un golpe de maestro. La degollaron bien, fríamente. Y estamos seguros de que fue un forastero quien lo hizo.

—¿Por qué un forastero?

—Porque nadie de Lumber City es capaz de una salvajada semejante.

Volvió a cubrir el cadáver, aunque sólo a medias, y añadió:

—Lo hicieron anoche, sobre las diez. La chica ya estaba aquí. Había llegado para el espectáculo y todo eso. Se hospedaba en el Hotel Big Sur, en una de las mejores habitaciones. El dueño ya hacía pagar tres dólares por el derecho a mirar a través del ojo de la cerradura. La población andaba revuelta, ya se lo he dicho. Unos exclamaban que eso estaba muy bien, que hay que modernizarse. Otras aseguraban lo de siempre: «Para piernas ya tienes bastante con las de tu mujer. ¡Precisamente ahora, que cumpliremos las bodas de oro, te vas al teatro solo!». —Dio un palmetazo a la mesa —. Sí, lo de siempre en las ciudades pequeñas. Ya se sabe... Lo curioso es que todo el mundo estaba pendiente de esta mujer y nadie la vio salir. Parece que quiso dar un paseo por los cañaverales. O quizá se perdió, no lo sabemos. El caso es que esta mañana un negro me dijo que había oído unos gritos lejanos durante la noche. Fui con el coche patrulla y la encontré así. Como aquel que dice desnudita, y, además, no tuve que pagar entrada. Pero es una lástima, ¿no? Un asco y una lástima.

Dejó de hablar, terminó de cubrir el cadáver y apuntó con un dedo a Murray.

—Estamos examinando su coche. Si los neumáticos tienen huellas de tierra del camino que pasa por los cañaverales, pobre de usted.

Murray tragó saliva.

—He pasado cerca de los cañaverales —confesó—. Me desvié para acortar camino.

—Sí, ¿eh?

Murray encajó las mandíbulas.

—Pero ¿qué motivo podía tener yo para hacer esto? —masculó—. Diga, ¿qué motivo?

El jefe de la policía pareció espantar una mosca con su mano derecha.

—¿Motivos? Los que quiera. Se pondría a escribirlos todos en un libro así de gordo y le faltarían páginas. Pudo intentar violarla, por ejemplo, al verla sola. La chica valía la pena. Y al no conseguir nada la degolló. O robarla. Ella quizá llevaba un dinero que ha desaparecido. Claro que eso también pudo ser una pista falsa —añadió—. Pudo confundirla con otra mujer. O puede ser usted un maníaco que mate a todas las morenas —añadió—, con lo cual le queda a usted una barbaridad de trabajo por hacer en este mundo.

Le hizo una seña para que le siguiera y salieron ambos de la Morgue. Un tipo amarillo, bilioso, que debía ser el guardián de tan divertido lugar, se quedó en la puerta.

El jefe de la policía le miró.

—¿Qué, «Fúnebre»? No te he visto antes en tu puesto. ¿Dónde estabas?

—En el café de Bob escuchando algunos discos
«ye-yé»

—explicó «Fúnebre»—. ¡Hay que alegrarse, hombre! ¡Para cuatro días que uno vive!

Y siguiendo el compás con los dedos, «Fúnebre» se puso a silbar una alegre cancioncilla.

El camastro de la cárcel estaba duro, y por la noche se pasaba frío en él, porque no había más que una delgadísima manta. Pero a cambio de eso tenía un aspecto limpio, quizá porque hacía un par de semanas que no lo ocupaba nadie.

Murray se levantó, se desperezó y empezó a lavarse bien con agua fría en el lavabo que había en la celda.

Estaba peinándose cuando apareció el *deputy sheriff* en la puerta. Abrió, se sentó en el camastro y le miró fijamente, sin decir

una palabra.

Murray se volvió hacia él.

—¿A qué ha venido? ¿A decirme que estoy condenado a muerte?

—No ha sido juzgado aún. ¿De qué tiene miedo?

—De que me acusen de haber matado a Luther King. Aquí son capaces.

Baxter encendió un cigarrillo.

—Hemos examinado su coche —dijo.

—¿Y...?

—Había polvo del camino en los neumáticos. Pasó muy cerca de los cañaverales.

—Ya se lo dije. ¿Y a qué viene eso ahora? ¿Trata de hacerme una acusación oficial?

Baxter alzó la cabeza y miró al techo.

—Los policías de las pequeñas ciudades del Sur tenemos dos defectos: el calor nos hace volvemos gandules, y la inactividad nos embota la inteligencia. Pero hay raras ocasiones en que durante cinco minutos somos inteligentes, y eso me ocurrió ayer, después de encerrarle aquí. Como ese cacharro que usted lleva es inconfundible, me dediqué a telefonar a todos los pueblos de la ruta, desde Savannah hasta aquí, en especial a las gasolineras. Casi todo el mundo se había fijado en usted, y por eso he podido reconstruir su camino y un horario muy aproximado del mismo. Por desgracia, usted no pudo estar entre los cañaverales a la hora en que se cometió el crimen. No, a menos que empleara un helicóptero. Pero usted no gana para helicópteros, ¿verdad? —Bajó la cabeza—. ¿Qué hacía en Nueva York? ¿A qué se dedicaba? ¿A divorcios baratos y toda esa basura?

—A lo que salía —reconoció Murray.

—Poco dinero, ¿verdad? Ya se sabe lo que ocurre; de vez en cuando, el beso de una viuda, de vez en cuando el sopapo de un viudo. Pero de pasta, poca. ¿Sabe una cosa? Yo me alegro de estar aquí. Nunca subiré al Rockefeller Center, porque ni siquiera he estado en Nueva York. Nunca me liaré con una zorra de las que pululan en las inmediaciones de Times Square a partir de las diez de la noche, entre otras razones porque suelen ser feas. Pero aquí vivo tranquilo y tengo mis pequeños ahorros. —Se puso en pie—. A mis cuarenta años, no pido más.

Murray le miró fijamente.

—¿Ya tiene cuarenta años?

—Ajá.

—Parece más joven.

—Las mujeres parecen opinar lo contrario puesto que ya ninguna se fija en mí. Bueno, Murray, a lo que venía; está usted libre.

Murray, que tenía las manos juntas, las apretó y crujieron sus nudillos.

—¿Qué dice?

—Lo que ha oído; que está usted libre. Si le acusara de la muerte de Irma haría el ridículo. Le bastaría a su abogado hacer comparecer como testigos a los empleados de las gasolineras que hay en la ruta.

—Pero ¿y el dólar del alegre Johnny?

—¿Le engañó?

—Pues... sí.

Baxter rascó pensativamente la pared con una de sus uñas.

—Y también le atizó los dos ganchos a Donald, eso lo vio todo el mundo. En total, dos semanas de cárcel, contando por lo bajo. Pero no quiero complicarme la vida, Murray. Habría dos juicios y todo eso. Me distraerían de lo que realmente me importa, que es la muerte de esa mujer. Ya se lo he dicho; está libre. Lárguese.

Murray recogió su americana, que colgaba de un clavo de la pared, y fue a dirigirse a la puerta. Pero en ella se detuvo.

—¿Por qué no es sincero, Baxter? —susurró.

El otro alzó la cabeza.

—¿Sincero? ¿No lo soy?

—No. ¿Qué quiere de mí?

—Ya se lo he dicho. Que se largue.

—A otro perro con ese hueso, amigo. Usted me da tantas facilidades precisamente porque no quiere que me largue. ¿Cuál es su propósito? ¿Qué piensa de todo eso?

—Parece como si me hubiera adivinado —dijo al fin Baxter, tras unos momentos de pesado silencio.

—Adivinarle no es tan difícil, en realidad. Usted buscaba algo, Baxter. Ha estado dando vueltas al asunto con las orejas gachas y sin abordarlo de frente. ¿Qué le pasa? ¿Qué quiere?

—Me sabría muy mal que ese asesinato quedara sin solución —dijo, hundiendo la cabeza.

—¿Y por qué ha de ocurrir eso?

—Quedará sin solución —dijo Baxter, obstinadamente, sin moverse del camastro.

—¿Por qué?

—No puedo luchar contra las personas que supongo que lo han hecho... Bueno... Contra la persona que lo ha hecho. Tengo mi porvenir aquí, tengo mi empleo, lo tengo todo. Sería una tontería echarlo a rodar por culpa de una mujer que, además, está muerta.

Murray, con las manos en los bolsillos, le miraba desde la entrada de la celda. En sus ojos entrecerrados se recortó la figura de Baxter, que, pese a su corpulencia, parecía más abatido que nunca. Tuvo la sensación de que nunca le olvidaría tal como lo veía ahora, con los hombros hundidos y la cabeza sobre el pecho.

—Comprendo —dijo.

Baxter ni siquiera le miró.

—Y ahora, lárguese.

—De acuerdo.

—Me han dicho que tiene cuatro galones de gasolina en el tanque de su viejo 59. En cuanto a la limpieza del radiador, la pagaré yo. Mi departamento tiene una pequeña asignación para esos casos imprevistos. Me dará una gran alegría si se larga antes de una hora.

Murray dijo:

—Sí.

—O antes de diez minutos.

—Claro.

El joven salió. Pero en lugar de dirigirse a la estación de servicio del alegre Johnny, encaminó sus pasos hacia el que tenía aspecto de ser el mejor hotel de la ciudad.

Un elegante rótulo en la puerta indicaba:

«EL PARAÍSO».

Murray no tuvo la menor sorpresa cuando vio que el interior estaba decorado a base de rojos y pinturas que representaban llamas, como si uno acabara de entrar en el infierno.

Se dirigió hacia el encargado, que desde su *comptoir* le observaba fijamente.

—A que sí —dijo Murray.

—¿A que sí? ¿El qué, señor?

—Apuesto a que el jefe de policía ha dejado encargada una habitación para mí. Una habitación con baño. A base de todo pagado.

El encargado consultó un libro.

—Usted es el señor John Murray, ¿no?

—Ésa fue una de las cosas que me dijo mi padre, aconsejándome que no la olvidara.

El encargado descolgó una llave.

—Aquí la tiene, señor. La habitación número 11, con vistas a la calle. A base de todo pagado. Aquí el almuerzo se empieza a servir a las doce.

Murray consultó su reloj.

—Procure que en el primer plato haya alguna hamburguesa —dijo—. Estoy deseando comerla desde que entré en Lumber City.

CAPÍTULO III

Si uno no se enteraba era porque no quería.

Los anuncios estaban en todas partes, se los encontraba uno hasta debajo de la cama.

«Jeffer, los mejores tejidos de algodón de Georgia».

«Jeffer, orgullo de la comarca».

«Jeffer da trabajo a más de dos mil empleados en Lumber City».

«Jeffer, creaciones de alta calidad».

Se notaba que Jeffer era allí el cacique, el más poderoso, el que lo decidía todo.

Otros carteles ordenaban:

«¡Use prendas interiores Jeffer!».

«Lo más selecto del algodón de Georgia».

Sólo faltaba que algún cartel indicara:

«¡Muérase! ¡Jeffer lo manda!».

La cosa no era tan absurda, después de todo. Si uno se daba un paseo calmoso por la población lo comprendía. Estaba allí la Clínica Maternal Jeffer, donde la gente nacía. Estaba el Hospital Jeffer, donde la palmaba a poco que se descuidase. Y estaba, al fin, la Funeraria Jeffer, donde a uno le metían en un ataúd, se descuidase o no.

Algunos prospectos y carteles indicaban que todos estos servicios eran gratuitos en un cincuenta por ciento para los empleados de las factorías Jeffer. Pero, según comprobó Murray, las tarifas eran un cien por cien más elevadas que en cualquier otro establecimiento

similar de fuera de la población, con lo que los establecimientos no perdían, marchaban boyantes y la gente no podía elegir, porque... ¡pobre del que se atreviese a volverle la espalda a Jeffer!

En eso pensaba Murray cuando en su viejo 59 tomó la gran curva con la que se iniciaba el camino de los cipreses.

Si Baxter sospechaba de Jeffer, no era ése un trabajo que él pudiera hacer. No. Nadie que viviese en la ciudad podía atreverse a tanto. Aquél era un trabajo para un desarraigado, para un forastero, para un tipo como él, que en cierto modo no tenía nada que perder.

Y no era que él criticase a Baxter. No. La vida tiene sus exigencias. Y al menos Baxter, en vez de archivar el asunto y procurar olvidarlo, trataba, al menos, dentro de sus posibilidades, de que triunfara la justicia.

Puso segunda, porque el camino se elevaba un poco y aquel motor ya renqueaba de puro viejo.

Los cipreses que bordeaban la ruta le daban a ésta un aspecto a la vez severo y señorial, magnífico. Desde lejos, desde la carretera general. Murray no había adivinado que en Lumber City existiera un sitio así. En aquella parte de la llanura de Georgia todo era vegetación. Claro que eso no había surgido naturalmente, sino gracias al sudor de innumerables jardineros. Mejor que uno no se preguntara cuánto dinero había costado cada hoja.

En el resto de la comarca todo era maíz y algodón, pero aquello resultaba distinto, muy distinto.

Un cartel, a medio camino, indicaba a cualquier audaz forastero que se hubiese atrevido a llegar hasta allí:

«¡Alto! Hacienda Jeffer Pida permiso al guarda».

Murray detuvo el coche e hizo sonar dos veces el claxon, pensando que lo del permiso era más bien una cosa rutinaria, para llevar el control de la gente que entraba. Pero la cara del tipo que apareció poco después le hizo comprender que quizá las cosas no iban a resultar tan fáciles.

El fulano llevaba una larga porra en la mano y un silbato cerca de los labios. Se aproximó.

—Me llamo Guss y soy el guardián —dijo—. ¿Qué quiere?

Murray sonrió.

—No me diga que a usted le llaman «Gatito Guss» —murmuró,

con su mejor expresión.

El guardián movió su cara de perro.

—No. A mí me llaman «Bulldog Guss».

Murray chascó dos dedos.

—Vaya... ¡Qué lástima! Es la primera vez que no acierto.

El otro sujetó el coche como si fuera a despedazarlo.

—¿Qué quiere? ¡Hable! ¿Qué quiere?

—Trato de ver al dueño de todo esto.

—No puede. Vuelva por la tarde.

—¿No está ahora?

—Sí que está, pero no puede usted ver a nadie ahora. ¡Largo de aquí! ¡Fuera!

—Podría decírmelo con más educación —susurró Murray.

—¿Con más educación? ¿Y para qué? Estaría bueno que un forastero fuese ahora a...

Murray se rascó la nariz.

—Me parece que voy a pasar, amigo.

—Sí. ¿Por qué?

—Pues precisamente por lo que hago ahora.

Y se siguió tocando la nariz.

El guardián preparó la porra.

—Baje.

Murray bajó. Lo hizo con su mejor sonrisa.

Todo ocurrió en menos de cinco segundos, de modo que el guardián ni se enteró. De repente sintió que dos cosas duras chocaban con su mandíbula, y mientras volaba por los aires recordó no sabía bien qué de algo que había oído sobre un guantazo que le dieron al capataz Donald. A que se habían encontrado los dos con el mismo tipo... Pero eso dejó de preocuparle bien pronto. Recibió un «golpe de conejo» en la nuca y quedó sin sentido en tierra.

Murray lo arrastró hasta la caseta que había cerca, medio disimulada entre la vegetación, lo ató a una silla, lo amordazó y siguió adelante.

Pero ahora lo hizo a pie, porque quería examinar con calma el panorama.

Estaba ya muy cerca de la casa, una magnífica casa estilo colonial que aparecía rodeada de flores. Vio que a la derecha del camino, entre la espesura, aparecía un lago natural bastante grande.

Se detuvo a mirarlo.

Y entonces tuvo una nueva sorpresa. Porque por el lago nadaba como un delfín una muchacha. Eso no tenía nada de especial, y no le hubiera llamado la atención... salvo por el hecho de que a la muchacha debían parecerle excesivos hasta los bikinis. En pocas palabras, por los síntomas, nadaba tal como su madre la hizo llegar al mundo.

En este momento se dirigía hacia la orilla.

Murray vio con sorpresa y con recelo que la ropa, consistente en una toalla de colores, un gran albornoz y unas zapatillas de goma, estaba casi junto a sus pies, de modo que la nadadora había de llegar junto a él si quería ponerse presentable.

Decidió escapar a toda velocidad de allí, pero ya era demasiado tarde. Ella acababa de saltar sobre la mullida hierba del borde y avanzaba tranquilamente hacia allí. No le había visto aún, pero no tardaría en hacerlo, y si le veía huyendo aún sería peor.

De modo que tomó una decisión. Le arrojó el albornoz por los aires, haciendo que cayera encima del cuerpo de la hermosa muchacha.

—¡No te acerques más! ¡Toma!

Pero ella no estaba preparada para aquello, y el albornoz resbaló por encima de su cuerpo mojado, hasta caer al suelo de nuevo. Lanzó un leve grito y lo recogió, echándoselo por encima cómo pudo. Luego miró a Murray.

El joven nunca había visto tanto odio en los ojos de una mujer.

—Cerdo... —gritó—. Maldito y condenado cerdo.

Murray alzó un poco la mano. La verdad era que se sentía avergonzado quizá por primera vez en su vida.

—Ha sido todo muy inesperado —dijo—. Se lo aseguro. Yo no imaginaba que usted estuviera aquí.

—¿No?

La chica lo acusaba con la mirada. Le miraba como se miraría a una serpiente. Diríase que hubiera querido aplastarlo con sus propios pies.

Murray murmuró:

—Bueno, creo que será mejor que me vaya.

Iba a volverse cuando el insulto llegó a sus oídos claramente:

—¡Hijo de negra!

Él se le encaró rápidamente, apuntándola con un dedo.

—Oiga, que el espectáculo tampoco ha valido tanto la pena, muñeca. No valía la pena hacer a pie tanto camino para ver *eso*.

Y se alejó. Oyó cómo la muchacha lloraba de rabia, de odio y de impotencia.

Y a Murray no le alegró eso, desde luego. A Murray no le alegraba nunca el ver llorar a una mujer.

Entre otras cosas porque cuando una mujer está llorando te dice siempre que «no» a todo lo que le pides.

El estirado mayordomo le había hecho esperar casi media hora. Cuando apareció de nuevo en la sala, Murray ya empezaba a pensar que se habían olvidado de él.

—Señor...

—Vaya, al fin.

—Será usted recibido enseguida, señor. Sígame.

Le precedió a lo largo de una serie de pasillos y estancias que llegaron a marearle. Murray, al fin y al cabo, no tenía en Nueva York más que un apartamento de una habitación, y cuando se bañaba el vecino del piso superior —claro que sólo una vez al mes —, oía gotear el agua durante toda la noche.

La casa era mucho mayor por dentro que lo que parecía serlo desde fuera. El paseo hasta llegar a un lujoso despacho duró casi cinco minutos.

Murray vio los muebles de estilo colonial, maravillosamente bien terminados. Vio los tres cuadros de excelentes firmas que daban categoría a las paredes. Vio los divanes donde hubiera dado gusto sentarse con una mujer.

Como aquélla, por ejemplo, como la que estaba en el centro de la habitación, aguardándole.

Murray la miró; la miró fijamente.

Había que reconocer que vestida estaba mejor que de la otra forma. Era una de esas chicas que han nacido con elegancia natural, una de esas muchachas selectas a las que cae bien cualquier cosa que se pongan encima, y también cualquier cosa que se quiten de encima. Estaba estupenda de todos modos.

Llevaba una falda gris muy cortita, una blusa blanca muy ceñida, unos zapatos muy altos, unas medias muy finas. Murray la

analizó detenidamente, pulgada a pulgada, mientras recordaba con deleite en qué condiciones la había visto antes.

Todo esto puede hacer pensar que Murray estaba tan tranquilo, tan sereno, tan dueño de sí mismo.

No, ni hablar. Murray estaba con la boca abierta y había necesitado apoyarse, para no caer, en una de las jambas de la puerta.

Estaba tan asombrado, que cuando ella se acercó a él y le largó aquel guantazo, ni se enteró siquiera.

En vista de que no se movía, la chica repitió. Las mujeres puede que no repitan en otras cosas, pero en eso de largar guantazos, cuando le cogen el gusto, está uno listo. O se acostumbra o se va al Vietnam.

Murray se llevó esta vez una mano a la mejilla castigada.

—Como saludo es suficiente, ¿no?

—Merecería que le hiciera perseguir por mis perros.

Los ojos de la muchacha brillaban; su respiración era jadeante. Estaba dominada por la furia, por una especie de éxtasis brutal.

—Antes de mover tanto las manos valdría la pena que me dijera quién es usted —gruñó Murray.

—¿Y se atreve a preguntarlo?

—¡Claro que me atrevo a preguntarlo! ¿Es un delito?

—Usted ha pedido ver a Jeffer.

Murray abrió mucho la boca y otra vez tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta.

—Usted es... es...

—Soy Lorna Jeffer.

—¿Y dirige todo esto?

—¡Sí!

La actitud de la muchacha era agresiva, de profundo desprecio. Murray se sintió inseguro por primera vez en mucho tiempo. No sabía cómo reaccionar, quizá por el hecho de que nunca hubiera esperado encontrar una mujer allí.

—Bueno, ahora comprendo algunas cosas —susurró—. Ahora comprendo por qué el guarda no deja pasar a nadie por las mañanas.

—Son las horas que tengo reservadas para mí —dijo ella,

ásperamente—. La tierra es *mía*. El lago es *mío*. Tengo derecho a bañarme con tranquilidad y a mi gusto. Amo las cosas naturales, amo la naturaleza en estado salvaje.

Murray la miró otra vez, desde los bien ordenados cabellos a las puntas de los zapatos.

—Yo también —dijo—. Ya ve por dónde. Somos dos almas gemelas, nena.

Ella estuvo a punto de escupirle al rostro.

—¡Dígame qué quiere! ¡Diga qué quiere antes de que le haga echar por mis criados!

—Quería hablar con usted.

—¿De qué?

—De la muerte de una mujer.

—¿La artista de *striptease*?

—Sí, ésa.

—Yo no me relaciono con esa clase de puerkas —dijo Lorna Jeffer, arrastrando las sílabas—. Claro que usted tal vez sí. ¿Qué era aquella guarra? ¿Su esposa? ¿O tal vez su mamá?

Murray dejó caer las palabras también.

—Debió haber aprendido con ella, preciosa. Con Irma, la muerta. Ella, al menos, hacia el *strip* mejor que usted. Usted terminó demasiado pronto el espectáculo; lo enseñó todo de golpe.

Lorna Jeffer lanzó un grito de rabia y fue a golpearle otra vez, pero ahora Murray bloqueó el guantazo inmovilizando la mano femenina en el aire.

Ella fue a patearle.

—¡Suélteme! ¡Suélteme, maldito!

—¿Qué pasa?

La voz había sonado tras ellos, en una puerta lateral. Los dos se volvieron al mismo tiempo.

Otra persona había entrado en la habitación. A Murray le pareció el clásico individuo que ha nacido para ser millonario en el Sur: alto, elegante con, aspecto de haber mandado toda la vida. Tendría unos cincuenta años y los llevaba muy bien. Vestía unos pantalones *beige*, una chaqueta clara y llevaba al cuello un pañuelo de seda que hacía juego con todo eso. Unas elegantes fibras plateadas asomaban en sus sienes.

—¿Qué pasa? —repitió.

Lorna respiró agitadamente.

—Ese maldito...

—¿Quién es?

El recién llegado le miraba con insolencia. Murray chascó dos dedos.

—¿Y usted?

—Es mi tío, Arnold Jeffer —explicó Lorna—. Él lleva todos los negocios en representación de mi hermano y de mí misma. Yo no hago nada en realidad. Yo solo...

—¿... se baña?

—¡Cállese!

Arnold Jeffer miró al intruso con unos ojos acerados y grises, con irnos ojos donde se leía una especie de asco, como si estuviera ante una especie de hombre prehistórico, de clase inferior, que ensuciara con sólo mirarlo.

—Dice que ha venido a preguntarnos por Irma, por la artista muerta —acusó Lorna.

—¿Y por qué? ¿Qué derecho tiene? —Miró a Murray acusadoramente—. ¡Usted no pertenece a la policía del Estado!

—No. Soy un simple particular.

Arnold Jeffer volvió a mirarle fijamente, acentuando la lucecita despectiva que brillaba en sus ojos.

—Siempre que ocurre un delito tratan de hacernos chantaje —dijo, suavemente—. Siempre igual. Como somos ricos, nunca falla. Un particular que acude «desinteresadamente» a decirte que te ayudará. Pero ya estoy hartó. Esta vez ha pinchado usted en hueso, amigo.

Pulsó un timbre, sin dejar de mirarle. Murray creyó que llamaba a la servidumbre para que le acompañasen hasta la puerta. Pero en lugar de eso, aparecieron tres fornidos individuos que se plantaron en el umbral.

Tenían tipos de *catchers*. Seguro que ni una semana antes estaban en un *ring* de Nueva Orleans, atizándose mutuamente. O quizá como matones en un club nocturno, haciendo que los clientes díscolos no supieran ni dónde tenían la corbata.

Murmuró:

—¿Qué significa esto?

La respuesta la tuvo enseguida. ¡Claro que la tuvo! Y el golpe fue

más decisivo, más demoledor, por el simple hecho de que Murray no lo esperaba.

Fue alcanzado de lleno en el mentón y sintió que por unos momentos sus pies no tocaban en el suelo. Cuando volvió a recobrar una vertical más o menos aproximada, los otros dos individuos le golpearon a la vez.

Estaban acostumbrados a actuar en equipo. Uno le entró por la derecha, otro por la izquierda.

Imposible defenderse sin estar prevenido o sin conocer muy bien su táctica. Murray recibió dos golpes simultáneos, uno en el hígado y otro en el corazón. Como no hacía ni cinco segundos que había recibido el de la mandíbula, sintió que todo empezaba a dar peligrosas vueltas en torno suyo.

—¡Fuera!

Era Arnold el que había hablado. Murray sintió que lo sacaban a través de la puerta por la que había entrado el millonario. Vio confusamente una habitación cuadrada en la que había otra puerta, esta de cristales, por la que entraba mucha luz.

Unas escaleras llevaban a un gran jardín posterior. Le hicieron rodar por ellas.

Cuando llegó abajo, estaba molido. Los tres gorilas descendieron tras él, haciendo retemblar los peldaños con su peso.

Una vez abajo, uno de ellos le sujetó por detrás los brazos, mientras los otros se disponían a hacerle servir de «saco».

Murray contuvo la respiración, mientras sentía que se le nublaba la vista.

Y entonces empezó la fiesta.

Arnold Jeffer estaba en su despacho repasando una serie de informes privados de los gerentes de las distintas secciones. No solía trabajar allí, sino en la factoría, pero algunos informes de tipo confidencial los guardaba y los estudiaba en su residencia.

No podía quejarse de cómo iban las cosas, desde luego. Los negocios prosperaban. La Jeffer gozaba de un auténtico monopolio en la comarca, y todos aquellos que no consumían, vendían o propagaban sus productos se exponían a que una serie de cosas les salieran mal. Por ejemplo, a que se les cortaran los créditos bancarios. O a que ninguna delegación comarcal de las grandes compañías de seguros quisiera extender una póliza para sus

vehículos o para sus establecimientos.

Después de repasar dos informes puramente comerciales, relativos a las verdaderas cifras de beneficios (no las que se declaraban a los inspectores de Hacienda, sino a las otras), los ojos de Arnold Jeffer se detuvieron complacidos en otro informe, éste puramente personal, de unas cinco líneas mecanografiadas, y que iba acompañado de una fotografía de cuerpo entero.

La puerta se abrió.

Él no levantó los ojos del informe.

—¿Listos? —preguntó.

—¿Listos para qué?

Jeffer tuvo un respingo al oír aquella voz. Casi dio un brinco en su asiento.

—Pero... —Fue lo único que pudo balbucir.

El tipo que estaba en la puerta, apoyado en una de las jambas, le miraba con expresión extraña. No podía decirse que su traje hubiera salido bien parado, ni su cara tampoco. Su traje necesitaba un sastre y su cara uno de esos tipos que se dedican a la cirugía estética. Todo él era una pura mancha de sangre, y debía tener más de un cartílago roto. Pero los ojos seguían intactos, vivos, y le miraban con una expresión que a Jeffer le heló la sangre en las venas.

—No es posible —balbució.

Murray dijo desde la puerta:

—¿Usted acepta consejos comerciales, Arnold?

—¿Qué clase... de consejos?

—Por ejemplo, éste: Vaya hasta esa ventana que tiene a su espalda y mire el jardín que hay abajo. Se divertirá.

Arnold Jeffer, temblando, hizo lo que le ordenaban. Lo que vio abajo le hizo llevarse la mano a la boca, temblorosamente. De sus tres gorilas, dos estaban en el centro de un magnífico cuadro de rododendros, estropeándolos completamente. El tercero casi doblaba con su peso las ramas de un pequeño árbol, al cual no parecía haber subido por su voluntad. Ni que decir tiene que los tres parecían ser en ese momento grandes partidarios de dormir la siesta.

—No eran tan fuertes como parecían —dijo Murray, calmosamente—. Estaban acostumbrados a tratar con gente que ya venía dispuesta a dejarse pegar; algún negro humillado, algún

perdonavidas de segunda mano y todo eso. Debió haber visto qué caras ponían al recibir el primer guantazo. Y ahora, amigo, hablemos.

Se sentó tranquilamente en una de las butacas, puso los pies sobre la mesa y lo dejó todo perdido de sangre.

Jeffer, temblequeando, se sentó también.

—¿Qué quiere, señor...?

—Murray. Me llamo John Murray.

—Señor Murray, le juro que nada tuve que ver con la muerte de esa mujer, con Irma Donovan. No la había visto nunca. Comprenderá, además, que, por mi situación en la comarca, no puedo ir a esa clase de espectáculos.

Murray hizo «clic» con las uñas.

—Claro. Usted los tiene a domicilio.

Giró el informe confidencial que iba unido a una foto de cuerpo entero y lo leyó. La foto era la de una chica suculenta, que bordearía los dieciocho años. Iba vestida muy sencillamente. El informe indicaba:

«Muy confidencial. Elisa Mark pide un préstamo de dólares 2000 porque sus padres necesitan cambiar de casa. La que tienen ahora se hunde y el traslado es urgente. Chica de buenas costumbres, pero decidida a todo para salir del mal paso. Sugiere una entrevista muy privada».

Murray volvió a hacer «clic» con las uñas.

—Lo de siempre, claro. La chica de buenas costumbres se presenta sola ante un jefe que tiene malas costumbres, pero ella no lo sabe. Está asustada. «¡Ahí es nada, el gran Jeffer interesándose por ella, por sus pequeños problemas, por si sus padres necesitan o no un grifo nuevo en el cuarto de baño!». Pero se sienta ante el gran jefe y por instinto femenino exhibe hasta las rodillas. El gran jefe de malas costumbres le dice que sus negocios son también malos. Que no puede desprenderse de dos mil machacantes, pero que tal vez haga el sacrificio por lo simpática que es ella. La chica empieza a cambiar de posición en su asiento. Lo de las rodillas ya queda bastante abajo. El gran jefe se lanza. La chica sabe que no sólo tendrá dos mil dólares, sino algo más en el caso de aceptar. Y que si

no acepta, nadie le dará trabajo en la comarca. La chica piensa que hay cosas que algún día tienen que suceder. Y prueba a sonreír. Y resulta que la sonrisa le sale estupenda, como si en toda la vida no hubiera hecho otra cosa.

Dejó caer el informe sobre la mesa.

—Así explicado da asco, ¿verdad, Jeffer? En la realidad es otra cosa.

—Cállese.

—¿Quién es ese capataz que, además de cuidar de los negocios, le informa sobre la moral de las chicas y le dice cuáles son las que han decidido ganar dos mil machacantes como sea?

—Donald.

—Donald... —Murray rió con su cara semidestruida, mientras seguía poniéndolo todo perdido de sangre—. Ya tuve el gusto de conocerle, o mejor dicho, conocía su mandíbula. Creo que es... demasiado blanda. Pero la próxima vez se la haré pedazos.

Arnold Jeff inclinó un poco la cabeza, mientras le temblaban las manos.

—Señor Murray, ¿cuánto quiere usted? —farfulló.

Murray le miró. Jeffer había cambiado, ya no era el tipo arrogante y seguro de sí mismo de unos minutos antes. Pese a su tipo bien cuidado y todavía juvenil, ahora parecía un viejo. Tenía los labios curvados hacia abajo y la cara se le había llenado de mil arrugas diminutas.

—¿Cuánto quiero por qué?

—Por irse.

—Nadie ha dicho que vaya a hacerlo. A lo mejor me gusta esto.

—Señor Murray, ha ganado usted. Ya le he dicho que por aquí han venido bastantes chantajistas cada vez que pasa algo, pero usted es más fuerte o más listo que los otros. No ha quedado hecho cisco en el jardín sino que está aquí, hablando conmigo. Le ofrezco diez mil por irse y no volver más a esta comarca de Lumber City. Piénselo bien; diez mil son un bocado estupendo.

Murray volvió a hacer «clic» con las uñas.

—No voy a irme —susurró—. No voy a irme de ninguna manera, de modo que ya puede ir soltando lo que tiene en las narices. Suénese.

Jeffer hundió la cabeza.

Parecía cada vez más derrotado, más hundido.

—Variaré la índole de la oferta —dijo—. Es usted un hombre que vale. No sé para quién trabaja, pero sería estupendo para los dos que ahora se decidiese a trabajar conmigo.

—¿En qué?

—George.

Jeffer había pronunciado aquél sólo nombre, lo que para Murray no significaba nada. De modo que murmuró:

—¿Quién es George?

—Le estoy hablando de George Jeffer, el hermano de Lorna. Lorna y George son mis sobrinos, los hijos de mi difunto hermano. Él fue el fundador de todo esto. Él tuvo todo el mérito.

—Ya.

George Jeffer es el heredero. Y primer heredero; si él muriese, la fortuna pasaría a su hermana.

—Comprendo. ¿Y usted qué pinta en esto?

—Es muy sencillo. George siempre fue un mala cabeza, una bala perdida —explicó Arnold, calmamente—. Y su padre lo sabía. Por eso, antes de morir, me encargó a mí que llevara este negocio y mandara en él, al menos hasta que George diera pruebas de haber cambiado mucho. Si George cambiaba, las riendas pasaban a él; si moría, las riendas pasaban a su hermana como segunda heredera.

El joven le miraba fijamente.

—Estupendo. Tiene usted aquí una ganga, mientras George viva y continúe siendo, además, un bala perdida. ¿Y quién ha de decir que se ha regenerado? ¿Usted?

Arnold rió silenciosamente.

—¡Qué ingenuo! ¿Cree que mi hermano era tonto? Es el juez estatal el que ha de decidirlo. Yo no influyo en nada. Y créame, poseo la suficiente fortuna personal para desear que esto termine. O que George se muera y se encargue de todo su hermana Lorna, lo cual me liberará de tantas responsabilidades, o que cambie de una vez y se haga cargo de todo. Pero me temo que se haya metido en un mal paso.

Murray guardó silencio.

Esperaba que el otro le dijera de una vez para qué cuerno podía necesitarle.

—Me gustaría que le hablara si es posible, que le convenciera —

susurró—. Para que cambie. Para que deje de perseguir como un maníaco a las mujeres, para que trabaje de una vez. He probado todos los medios y no me hace caso. A un fulano como usted quizá se lo haga.

—¿Trata de que le rompa la cara como a esos de ahí abajo?

—No, claro que no. Hay otros procedimientos.

—No me convence.

—¿Por qué no?

—Está dando vueltas al asunto —gruñó Murray—. Lo que le interesa es otra cosa; lo que trata de decirme es otra. Mis servicios le interesan por otra razón. ¿Por qué no se suena las narices de una vez? Hala, suéltelo.

Jeffer volvió a hundir la cabeza.

Se le notaba más agotado que nunca.

—Temo que George haya matado a esa... a esa fulana, a la del *strip*. No es la primera vez que trata de hacerlo. Las mujeres le obsesionan, pero de una manera extraña, anormal... Es un maníaco. Hasta su propia hermana está asustada. Y ahora viene lo que quería decirle. A usted le ha embarcado en esto Baxter, el jefe de la policía local, ¿no?

Murray no negó ni afirmó. Sólo quedó un poco cohibido, porque aquel tipo las había estado dando en el clavo una tras otra.

—Tiene que ser él —dijo Jeffer, como hablando para sí mismo—. Claro, y la razón es sencilla; quiere que la ley triunfe, pero al mismo tiempo no se atreve a dar la cara, porque su empleo depende de mí. Le embarca a usted y él se queda a la expectativa, esperando las pruebas. No se lo reprocho porque quizá yo haría lo mismo. Pero oiga, Murray, si usted consigue esas pruebas... hará una cosa.

—¿Cuál?

—Dármelas a mí, no al *deputy sheriff*. Quiero que trabaje para mí, no para él. Le pagaré lo que sea, mientras que él no puede pagarle nada porque no tiene un dólar. Si George mató a esa fulana, no quiero que nadie lo sepa.

Murray rechinó los dientes.

—No era una fulana.

—Bueno, lo que haya sido... No tome las palabras tal como suenan. Nada se ganará con que ese pobre débil mental vaya a la cárcel por muchos años, ya que aquí nadie le condenaría a muerte.

Tampoco trato de que el crimen quede impune, entiéndame. Una vez tuviéramos las pruebas de la culpabilidad de George, si es que él lo ha hecho, yo aceptaría las sugerencias de usted sobre el camino a seguir.

Murray trató de tragar saliva, pero ésta le supo a sangre. Casi escupió.

—No le entiendo, Jeffer. Usted ganaría mucho si a George le metieran en la cárcel. Mientras usted viviera, nadie le discutiría la jefatura de este negocio.

Jeffer rió tristemente, jugueteando con una bolita de papel.

—Supongo que usted me considera un cerdo... —dijo—, y piensa así por varias razones, entre ellas el informe sobre una chica que aún no ha cumplido los veinte años. Pero hasta los cerdos tenemos alguna virtud, y la mía es querer a mi familia. Lorna, si alguna vez vuelve a hablarle, le dirá lo mucho que he cuidado de ella. Además, aunque parezca mentira, quiero a George. Puede decirse que yo le enseñé a andar. No me gustaría verle en la cárcel, ni aunque me garantizaran para doscientos años mi cargo actual, que le repito no es una ganga. Los informes que tengo aquí son los de los verdaderos beneficios de la empresa, no los que declaramos al Estado. En ellos figura mi sueldo real. ¿Quiere verlo? Se sorprendería de lo bajo que es. A usted quizá le parezca astronómico, claro, pero no resulta tentador para un hombre que ya tiene fortuna como yo, se lo aseguro. Lo único que quiero es que me dejen en paz.

Murray asintió pensativamente.

Se hacía cargo de lo que decía Jeffer, y lo entendía bien. En sus años de detective privado había conocido a algunos tipos así. Hombres que ya estaban hartos, que hubieran dado cualquier cosa por dejar los negocios al margen. No... Podía ser que, en efecto, aquello no fuera una ganga para Arnold Jeffer. Entre otras cosas, sin tener que preocuparse de los negocios, podría perseguir a las secretarias con más tranquilidad.

Arnold le miraba expectante.

—¿Qué decide, Murray?

—No lo sé.

—¿Quiere unas horas para pensarlo?

—Tal vez eso sea lo mejor.

Arnold extrajo velozmente de su bolsillo un fajo de billetes.

—Por el traje —murmuró.

—No quiero nada.

—Mis hombres se lo destrozaron.

—Sus hombres lo han pagado ya, señor Jeffer. Se levantó tranquilamente y salió.

En el pasillo encontró a Lorna, que iba vestida como antes.

—Cerdo —le insultó ella, en voz baja—. Canalla, sucio, guarro...

Y Murray dijo en voz alta:

—Chata...

CAPÍTULO IV

En la población no debía haber muchos criminales a los que perseguir, porque cuando Murray entró en la oficina de Baxter, éste sacaba punta a un palo con una navaja, al estilo de los viejos gandules del Oeste. Tenía los pies apoyados en la mesa y empleaban pacíficamente en eso el dinero de los contribuyentes. Al oír entrar al joven, de todos modos se sobresaltó y estuvo a punto de dar un brinco en la silla.

—Pero, Murray... ¿cómo viene así?

—Ya ve, tuve un tropiezo.

—¿Con una apisonadora?

—No, pero sí con tres gorilas. Los tres trabajaban para Jeffer.

Baxter le miró recelosamente.

—¿Por qué ha ido allí? Yo no se lo he dicho. Yo no he mencionado nunca el nombre de Jeffer.

Murray volvió a entrechocar las uñas.

—Cierto, no lo mencionó expresamente, pero habló de una persona contra la que no se atrevía a luchar. Esa persona aquí sólo tiene un nombre. Y basta de comedia. Le diré lo que he hecho.

Se sentó y le empezó a contar lo ocurrido, empezando por su singular encuentro con Lorna.

Baxter estaba amarillo, rojo y de todos los colores. Su rostro parecía el ventanal de una iglesia gótica.

—¿De modo que vio a Lorna sin... sin... sin... sin nada?

—Ujú.

—Nadie se hubiera atrevido a hacer lo que usted hizo, Baxter. Nadie, ni el diablo. Y pegar a «bulldog», el guardián...

—¿Cuánto cobra «bulldog»? —preguntó Murray.

—Muy poco. Una miseria.

—¿Y nunca pide aumento de sueldo?

—No. ¿Por qué pregunta eso?

Murray rió.

—Ahora lo comprendo. El único que mira el lago es él, el muy buitre. Y por eso no pide aumento, no sea que le echen o le trasladen. Con ver lo que ve, ya está bien pagado.

Baxter suspiró con desaliento.

—Se ha metido en un buen lío, Murray. Uno detrás de otro. Y dígame: ¿qué pasó luego?

El joven explicó todo lo sucedido, sin omitir detalle, hasta su salida de la mansión de los Jeffer.

El jefe de la policía se pasó una mano por la boca.

—¿De modo que le ha ofrecido dinero?

—Así es.

—¿Cuánto?

—No lo sé. Supongo que espera que yo fije una cifra.

Baxter señaló, con desaliento, a través de la puerta, el viejo coche de Murray, que estaba estacionado allí.

—Tuvo usted la suerte del año, muchacho. Tuvo usted la gran chiripa cuando a su ridículo cacharro del año 59 se le ocurrió reventar aquí, en la muy noble villa de Lumber City. Al quedarse unas horas, ha hecho fortuna. Jeffer le dará lo que le pida.

—¿Sugiere que... acepte?

—¿Y qué otra cosa puede hacer? Yo también creo que eso lo ha hecho George Jeffer. El muy maldito persigue por las noches a las mujeres, con su grotesca máscara. A una chiquilla de quince años ya la golpeó entre los cañaverales hace tiempo. Hubo que hospitalizarla, pero se silenció el asunto. Sé que es George. ¿Y qué? Yo no conseguiré pruebas. Si husmeo demasiado, Arnold se las apañará para destituirme antes de que llegue a ninguna parte. Usted puede conseguir algo, pero una vez lo tenga no ganará nada dándomelo a mí. Ahora lo comprendo. Déselo a Arnold y ganará al menos unos dólares. Total, todo va a quedar lo mismo...

El joven le miró con los ojos entrecerrados.

—¿Qué ha dicho de una máscara, Baxter?

—Bah, déjelo.

—¿Y por qué he de venderme? ¿Por qué han de comprar con dólares la libertad de un asesino?

—Suponga que sigue siendo detective privado aquí, en Lumber City, y que le han encargado salvar a cierta persona.

—Sería un encargo que no aceptaría.

Baxter le miró con asombro.

—Murray —dijo—, a juzgar por su coche, por su traje y por su afición a los bocadillos baratos, es usted un muerto de hambre. ¿Me equivoco o no?

—No sólo soy un muerto de hambre. Me han enterrado y todo.

—Pues no desprecie la fortuna. La suerte es como una mujer que se encapricha de uno, pero solamente una vez en la vida. Tome lo que le den y lárguese. No seré yo quien le reproche por ello.

Murray puso ambas manos sobre la mesa.

—Baxter, habla como un cínico.

—Sí.

—Pero no lo es.

El *deputy sheriff* le miró con asombro, pasándose otra vez la mano por la boca.

—Soy como todo el mundo.

—Quizá, pero dentro de sus medios trata de esclarecer la verdad. Y el único medio de que dispone ahora soy yo. No voy a defraudarle, Baxter. Aunque no tenga ni un níquel cuando salga de aquí. Le diré a Arnold que se meta sus dólares en las orejas.

Baxter le contempló con una especie de admiración y de desdén, igual que si pensara: «Estupendo chico, pero... ¡cómo acabará!».

—Siento verdaderas ganas de estrecharle la mano, Murray —dijo al cabo de unos instantes—. Pero haré algo más práctico: le pagaré un traje nuevo. Dese una ducha en el hotel y vaya a la sastrería, donde tendrán algo para usted. La encontrará a mitad de la calle principal. Son amables, pero tienen dos inconvenientes: no hacen nada a la medida y, además, tardan una barbaridad en entregar las cosas.

Murray se incorporó, con una estrecha sonrisa en sus labios.

—De acuerdo, iré a esa sastrería. ¿Cómo se llama?

Baxter susurró:

—«La Medida Rápida».

CAPÍTULO V

Murray avanzaba por los cañaverales.

Aquello parecía una jungla espesa, una jungla inextricable, como si en lugar de encontrarse en Georgia avanzara por las zonas pantanosas de Vietnam. Quizá aquello, visto desde el aire, no era más que una mancha verde-amarilla carente de importancia, pero cuando se estaba a su nivel y entre ella parecía como si nunca hubiera de tener fin.

Oía el susurro del viento.

Las sombras de la noche lo llenaban ya todo, pero la clara luna del Sur alumbraba los relieves de las cosas. Cada vez que él movía una mata de cañas, se oía un «raaas» largo y profundo. La sensación de soledad era total y llegaba a hacerse angustiosa.

Habituado a moverse en otra clase de jungla, en la jungla de asfalto de Nueva York, Murray avanzaba, sin embargo, por ésta como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Ya no llevaba el traje con el que llegó allí, sino otro de color más claro y de tejido más liviano, con el que se soportaban mejor las temperaturas de Georgia. Su camisa era inmaculada, y su corbata tenía un débil matiz color paja.

Quería buscar huellas de lo ocurrido con Irma.

Donovan. Ver por sí mismo el lugar donde murió. No se fiaba de las observaciones de Baxter, que era un hombre desengañado y al que muchos detalles —hasta las pisadas de un elefante, tal vez—, le pasarían inadvertidas.

Llegó hasta el sitio que le habían indicado, pero no vio nada de especial.

Cañaverales y cañaverales que se mecían al viento y se perdían en la distancia.

Fue entonces cuando oyó aquel grito.

Aquel grito largo, ululante, que llegaba de todas partes y no

llegaba de ninguna. Aquel grito que traía el viento y que era la petición desgarrada de una mujer que tiene miedo.

Murray lo localizó rápidamente. Avanzó hacia allí, arrollando las cañas con su cuerpo.

El grito se volvió a repetir.

Ahora era más concreto. Las palabras se entendían perfectamente.

—¡No! ¡No me toque! ¡Déjeme! ¡No me toqueeee!

Murray imaginó la escena. Y lanzó un gruñido que debió oírse desde el lugar en que todo aquello estaba ocurriendo. El ruido que hacía, además, su cuerpo al chocar contra los cañaverales, tenía que ser enorme.

Llegó unos segundos después al lugar donde habían sonado los gritos. Le pareció ver que alguien huía, pero no pudo distinguirlo bien. En cambio, sí que distinguió perfectamente a la mujer.

Era una mulata, pero de gran belleza. Ya se sabe que las mezclas de razas proporcionan ejemplares de gran belleza, auténticos ejemplares de campeonato. Y ésta lo era, aunque fuese tan sencillamente vestida. Estaba sentada en el suelo y trataba de ocultar un largo desgarrón de sus ropas.

Murray intentó perseguir al fugitivo, pero ella balbució:

—No... No me deje.

El joven se detuvo. Intentó no mirarla con demasiada detención para que ella no se turbase.

—¿Qué ha ocurrido?

—Él intentó atacarme.

—¿Quién es él?

—El de siempre. No deja vivir a ninguna chica de la zona.

—¿Y por qué no se reúnen unos cuantos hombres de las cercanías, le preparan una emboscada y le dan una paliza?

La mujer le miró con asombro.

—¿Una paliza... a él?

Murray echó un poco la cabeza hacia atrás. Estaba claro que la mulata sabía perfectamente quién era su atacante. Y su atacante era un personaje tan importante allí, que lo de darle una paliza entre varios sonaba a imposible. Lo que les podía suceder a quienes le golpearan sería catastrófico, como por ejemplo, quedarse sin trabajo en la única industria de la comarca que podía proporcionárselo.

Ayudó a levantarse a la chica.

—Ya comprendo —dijo—. A ustedes les conviene más ir aguantando mientras la cosa no llegue a ser grave de verdad. ¿Qué ha intentado hacer?

—Lo mismo que con otras. No... No va demasiado en serio. Quiero decir que no intenta nada grave. Incluso... si las chicas tienen paciencia y se están quietas... él se va enseguida. Hace lo que haría un colegial caprichoso, sin atreverse a más.

Y añadió, con voz turbada:

—Pero yo he gritado porque recordaba lo de la mujer. Porque a ella la mataron.

—Comprendo.

Soltó a la chica, cuya mano aún retenía, y preguntó:

—¿Adónde ibas?

—A ver a una amiga que está enferma. Hay casas pobres más allá de los cañaverales, y para acortar camino pasamos por ellos. De eso se aprovecha él.

—¿Sabes dónde se oculta?

—No... Nadie lo ha sabido nunca. Tampoco viene aquí cada día. Sólo de tarde en tarde, cuando las chicas de por aquí ya hemos vuelto a recobrar la confianza.

—Está bien. Sigue tu camino. Nadie te molestará más.

Ella se estuvo quieta. Miró a Murray con ojos turbios, donde palpitaba una lucecita roja.

—A veces me gusta que me molesten —dijo.

—No seas tonta. Si nos quedáramos aquí, tu amiga ya se habría muerto cuando llegases.

—Muerto de envidia, quizá.

Murray hizo clic con las uñas.

—Hala, bonita —murmuró.

Y se perdió otra vez entre los cañaverales.

Buscaba una pista, buscaba el rastro del tipo que había huido por allí. Y en el fondo no era difícil seguirlo, porque las cañas tronchadas señalaban su paso.

Llegó entonces a un calvero, cerca del camino. Allí había una choza medio en ruinas que en otro tiempo debió servir para que un guarda vigilara los cañaverales o quizá controlara el camino, que, como todos los de la comarca, tenía algo que ver con las factorías

de Jeffer. Pero la soledad más absoluta imperaba ahora allí. No cabía duda de que el fugitivo había podido huir tranquilamente, una vez alcanzado aquel punto. No se oía el ruido de ningún motor, pero podía tener una simple bicicleta, y en ese caso, ya estaría lejos.

De todos modos, Murray probó a registrar la choza. Quizá encontraría algo allí.

Entró.

Todo eran maderos en ruinas. Restos de muebles que en otro tiempo fueron útiles. Pedazos de cristal de algún quinqué, que nadie se había preocupado de recoger.

El joven entornó los párpados.

El silencio era tan intenso que el murmullo de su propia respiración algo alterada parecía cortar el aire.

Fue el ruido de uno de aquellos cristales al quebrarse lo que le advirtió. Fue el leve «chaaask» a su espalda lo que él tuvo la sensación de que le había salvado la vida.

Lo vio tras él. Vio la máscara.

Sus cabellos pelirrojos eran inconfundibles, pero no fue eso lo que más hirió la sensibilidad de Murray. Lo que realmente le llamó la atención fue la máscara. Era de goma muy compacta y tapaba completamente el rostro. Sólo tenía dos leves aberturas para los ojos, de modo que su dueño no podía ni soñar con besar a una muchacha. El color de aquella máscara de goma era también rojizo, como los cabellos, de modo que producía un efecto espectral.

Sus manos estaban enguantadas con guantes también de goma. En la derecha descansaba un objeto brillante.

Murray comprendió enseguida lo que era, cuando vio surgir la hoja de acero casi delante de sus ojos. Se trataba de una navaja de estilete, y el fulano sabía manejarla bien. El tajo que le envió al cuello fue hábil, certero y preciso. Fue un tajo como el que debían haber lanzado para degollar a Irma Donovan.

El joven pudo esquivarlo en el último instante, cuando ya la lengua de acero iba a penetrar en su piel. Saltó hacia atrás. Vio que su enemigo disparaba ahora su derecha, como si fuera a lanzar un gancho.

Pero al final del puño estaba la lengua de acero, de modo que el golpe iba a ser mortal. Murray se arrojó al suelo. Mientras caía, la navaja le rozó materialmente la mandíbula, produciéndole incluso

un rasguño en la piel.

Una vez en el suelo, dio dos rápidas vueltas sobre sí mismo, para evitar que el otro se lanzara sobre él y le acuchillara fácilmente. Estando desarmado, Murray no podía exponerse a dar facilidades encima. Sus manos encontraron una larga estaca que había sido una de las jambas de la puerta de la choza.

Era una buena arma en unas manos tan fuertes como las de Murray. El de la máscara pareció pensarlo mejor, mientras se pasaba rápidamente la navaja de una mano a otra, con una habilidad increíble. Murray se alzó poco a poco, dispuesto a pasar a la ofensiva.

Dando un salto atacó, pero su enemigo también era ágil. Esquivó el golpe y la estaca de madera estuvo a punto de convertirse en astillas en una de las paredes. Murray quedó unos instantes al descubierto y en situación pésima para poder defenderse si el otro atacaba de nuevo, pero la máscara no lo hizo. Resolvió que su golpe había fallado y que era mejor huir. Cuando el joven lo vio de nuevo, ya estaba desapareciendo por la puerta.

Saltó hacia allí. Vio entonces que el fugitivo ya estaba desapareciendo por entre los cañaverales.

Murray lanzó una imprecación.

Nunca le atraparía de ese modo porque el otro conocía los cañaverales mucho mejor. Le esquivaría como mejor le pareciese, a pesar de las cañas tronchadas y a pesar del ruido. Sólo se podía probar suerte intentando ser más rápido que él.

No pudo serlo.

El otro se movía con una insospechada agilidad y además, debía conocer el terreno palmo a palmo. En unos instantes desapareció. Murray le siguió frenéticamente y no pudo advertir aquel declive del terreno, que los cañaverales ocultaban. Dio una vuelta de campana antes de quedar sentado en el suelo.

La imprecación se repitió en sus labios, pero comprendió que no había más remedio que resignarse. Nunca atraparía a aquel tipo en un terreno como el que pisaban ahora.

Se pasó la mano por la boca y se puso en pie mientras se sacudía el polvo del traje.

De todos modos, si iba a analizar la situación, no podía quejarse de los resultados. Había visto prácticamente al asesino. Sabía quién

era. Estaba en la buena línea, tenía delante un camino a seguir.

Salió de los cañaverales y regresó poco a poco a la ciudad. Ésta aparecía iluminadísima a causa de los anuncios, pero prácticamente todas las instalaciones de neón decían lo mismo:

JEFFER... JEFFER... ¡JEFFER!

—Ya estoy harto del nombrecito —masculló Murray, apretando los puños.

Y de pronto, recordó a Lorna, a Lorna Jeffer, saliendo del agua. Saliendo de su lago.

—Bueno, después de todo, es un apellido como cualquier otro. Y quizá no esté tan mal... —dijo, moviendo la cabeza.

Baxter estaba en su despacho. De hecho, como era soltero y no tenía otras obligaciones, se pasaba el día allí. Ahora ya no hacía virutas con una navaja, sino que estaba con su ayudante, telefonista y patrullero, todo en una pieza. Los dos jugaban a los naipes, mientras escuchaban distraídamente, en un transistor, el boletín de noticias que en onda especial transmitía la policía del Estado a todas las jefaturas locales. Boletín de desaparecidos, de maleantes, de coches robados y de maridos que buscaban a su mujer. Siempre lo mismo.

El *deputy sheriff* alzó un ojo al verle.

—Hola, Murray.

—Hola.

—¿Hay novedades?

—Quisiera hablar con usted. Pero sin testigos. El agente se levantó.

—Me voy de patrulla por ahí —dijo—. De patrulla al bar de Joe. A lo mejor, con un poco de suerte, veo en la televisión el final del partido de los Giants con los Yankees.

—¿Y la vigilancia?

El agente le miró con una mezcla de asombro y de reproche.

—¿Está loco? —farfulló—. Cuando televisan mi partido entre los Giants y los Yankees, no se comete ningún delito en Lumber City. Todo el mundo está pendiente del televisor. Lo malo viene luego, según quien haya ganado y según quien haya perdido.

Y salió.

Baxter apagó el transistor y miró significativamente a Murray.

—¿Bien?

—Estoy hasta las narices de ese maldito George. Ha intentado matarme.

—No diga tonterías.

—¿Tonterías? Si no me aparto me degüella.

Baxter se pasó una mano por la frente. Parecía abatido, abrumado.

—Todo esto me abruma, me desconcierta —dijo—. George Jeffer no era peligroso hasta ahora. De tarde en tarde daba un susto a las chicas que iban solas por el cañaveral, y ya está. No intentaba nada serio. Como un colegial imbécil, ¿sabe? Lo mismo.

—Eso fue lo que me dijo una mulata a la cual había estropeado la ropa. Todo concuerda.

—Lo que no concuerda es la muerte de Irma Donovan. Y el que intentara matarle a usted, Murray. No, no lo entiendo. Debe estar muy asustado por alguna razón y se ha vuelto peligroso. Eso cambia las cosas bastante, ¿sabe?

—¡Y tanto que las cambia!

Murray encendió un cigarrillo y murmuró:

—¿Dónde puedo dar con él?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿George Jeffer es un vecino de la ciudad, un vecino distinguido y usted no sabe dónde para? Bueno es que le haya tolerado sus desmanes en el cañaveral, pero no me dirá que no sabe dónde encontrarle.

—No, no lo sé. Hace mucho tiempo, se lo juro... Nadie lo sabe. En todo caso, quizá su tío Arnold.

Murray se quemó con el fósforo sin darse cuenta, lanzó una maldición y lo arrojó al suelo.

—A ver, explíquese.

—Usted ha visto la máscara.

—Sí, claro, la máscara. Fue usted quien la mencionó y enseguida cambió de conversación.

—¿Cree que George Jeffer la lleva por capricho?

—La llevará, supongo, con la absurda idea de que así no sepan que es él quien molesta a las chicas. ¡Como si no estuviera enterado ya todo el mundo!

—Ésa podría ser una razón —accedió Baxter—, pero la realidad

es más siniestra. George tuvo un grave accidente de coche hace un par de años y sufrió quemaduras. Quemaduras que le deformaron el rostro, ¿sabe? Por eso lleva una máscara.

—¿Es... es un monstruo?

Por unos instantes se había formado entre los dos hombres un clima de tensión, que Baxter rompió con una carcajada.

—No, no lo es. Simplemente se trata de un hombre con la cara estropeada. Un hombre muy feo, diablo. Ninguna chica se acercaría a él, a pesar de sus millones, y tal vez eso explique sus desviaciones, sus asaltos nocturnos, sus solitarias manías...

—Comprendo.

—A raíz del accidente, cuando salió del hospital, nadie le ha vuelto a ver más. No sabemos dónde vive. Tiene que ser por aquí cerca, pero el lugar exacto lo ignoro.

—No me convence.

—¿Por qué no?

—Ese tipo necesita alguien que le dé dinero, que le haga la cama, le sirva la comida y le lave la ropa... No puede vivir solo, como un troglodita. Si no me he fijado mal, iba correctamente vestido y con una camisa limpia. ¿Quién le atiende?

—No lo sé.

El joven apuntó con su cigarrillo al *deputy sheriff*.

—¿Por qué no ha iniciado una investigación? ¿Por qué no ha registrado la comarca?

Baxter dio un puñetazo a la mesa, mientras de repente se crispaban sus facciones. Parecía como si sus nervios estuvieran a punto de estallar. Le miró con ojos repentinamente turbios.

—¡Dios santo! —gritó—. ¿Y por qué había de hacer eso? El paradero de George Jeffer era un asunto privado, un asunto familiar. Le incumbía a él, que es mayor de edad, y si me apura mucho le diré que incumbía también a su familia. ¡Pero no a mí! Los delitos que ha cometido hasta ahora son insignificantes. Entiéndame... —Hizo un gesto amplio con el brazo—. A cualquier otro le hubiera metido en la cárcel, pero usted ya sabe lo que es el Sur, y si no, debe ir aprendiéndolo. Hay cuatro familias que mandan, y la Jeffer es una de ellas. Mi cargo depende de Jeffer. ¿Para qué voy a repetírselo? No valía la pena complicarse la vida por unos delitos de tan poca monta. Claro que ahora es distinto,

porque hay de por medio un asesinato consumado y otro en grado de frustración. ¿Es verdad que ha tratado de matarle?

—¡Cuerno! ¡Y tan verdad!

—Lo buscaré —prometió el jefe de policía—. Pero lo haré a mi modo. No quiero dar un escándalo, ¿comprende?

—Sí, sí, ya le entiendo. Trata de no asustar a Arnold Jeffer, a pesar de todo.

—Exacto. Y va a prometerme una cosa.

—¿Cuál?

—No haga nada más. Descanse un poco. Déjeme actuar a mí durante un par de días.

Murray alzó el pulgar de la mano derecha.

—*Okey*. Tendré paciencia.

—Gracias, Murray.

Los dos hombres se estrecharon la mano en silencio. Baxter murmuró:

—Pero todos modos, aunque no vaya a meterse en nada durante unas horas, tenga cuidado. Mucho cuidado, Murray.

El joven salió de la oficina. Ya en el umbral se volvió hacia Baxter, que de repente parecía muy fatigado, más fatigado que nunca.

—Hay otra cosa —dijo el jefe de policía—. No se acerque otra vez a la casa de Jeffer sin pedir antes una entrevista por teléfono. Es la costumbre, ¿sabe?

Murray no contestó. Pero de todos modos, pensó que él tendría que volver allí porque Arnold Jeffer le había hecho una proposición, y sin duda esperaba una respuesta.

Una vez en la calle tomó una decisión.

¿Por qué no ir aquella misma noche?

CAPÍTULO VI

Bastaba que a Murray le aconsejaran no hacer una cosa para desear hacerla, de modo que se puso en movimiento enseguida. Tomó su cacharro y se dirigió hacia la suntuosa mansión de los Jeffer.

Mientras rodaba a poca velocidad, sus pensamientos se iban tranquilizando.

No cabía duda de que el *deputy sheriff*, al rastrear la comarca, daría con George Jeffer, y hallar pruebas contra él sería cosa de coser y cantar. El misterio estaba relativamente encarrilado hacia la solución, aunque aún hubiera de pasar algún tiempo para que se palpasen los resultados.

Se detuvo ante la caseta del guarda, porque no quería andar a guantazos esta vez. Vio una cadena que cruzaba la carretera de parte a parte, impidiendo el paso de los vehículos. Sin duda la dejaban así puesta por la noche.

Intentó retirarla, pero no pudo porque estaba sujeta con un candado. Hizo sonar entonces un par de veces el claxon, para avisar al guarda.

Éste no compareció.

Sin embargo, era evidente que tenía que estar atento por si a alguno de los Jeffer le interesaba salir por la noche, en cuyo caso no iban a encontrarse con una cadena cerrándoles el paso. Insistió con el mismo nulo resultado.

Entró en la casa, que era sencilla y amueblada modestamente. No cabía duda de que el guardián vivía solo, lo cual era lógico teniendo en cuenta la mentalidad de los Jeffer. La gentecita como ellos sólo querían a su servicio hombres solteros o casados sin hijos. Seguro que, antes de contratar a un matrimonio, hacían examinar a la mujer, para asegurarse de que no podía tener descendencia.

Todo en la casa estaba en orden, pero la cama se hallaba intacta.

Eso indicaba que el guardián no se había acostado aún.

¿Estaría fumando un cigarrillo en torno al lago? Quizá, pero era extraño que no hubiese oído los dos golpes de claxon.

Murray descendió por la hierba, hasta detenerse muy cerca del lugar donde había esperado a Lorna. Ahora el aire era más perfumado, más sensual; sin embargo, todo parecía más feo porque faltaba la figura de la muchacha.

Murray entornó los párpados. Cuerno, bonita chica. Lástima que fuese una orgullosa heredera del Sur...

Recordó el momento en que la había visto salir del agua. Y fue mirando el agua cuando descubrió aquel bulto que flotaba a la luz de la luna.

Se estremeció.

A causa de la penumbra, tardó en darse cuenta de lo que era. Pero llegó a la conclusión de que sólo podía tratarse del cadáver de un hombre.

Regresó a la casa porque recordó haber visto en ella algo que ahora le iba a ser muy útil. Volvió al cabo de unos minutos con un largo palo al final del cual había un garfio, todo ello muy adecuado para extraer objetos que flotaran sobre las aguas.

Logró sujetar el cadáver con el garfio y tiró de él. Unos momentos después lo tenía a sus pies, sobre la hierba.

Era el guardián, como había supuesto. Llevaba muerto varias horas, ya que de lo contrario no hubiese flotado.

No presentaba señales externas de violencia, pero Murray lo volvió de espaldas. El leve hematoma que se marcaba en su nuca, y que era visible a pesar de la penumbra, le llamó forzosamente la atención.

Alguien había golpeado a aquel hombre antes de arrojarlo al agua, donde terminó ahogándose. Que la muerte había sido producida por inmersión era evidente, pero era más evidente aún que aquel tipo no se había metido en el agua por su voluntad.

Estaba pensando en eso cuando de pronto se sintió iluminado por el súbito resplandor de una linterna. Y cuando de pronto aquella voz dijo a su espalda:

—¡Quieto, maldito!

Era la voz de una mujer, pero no fue eso lo que más inquietó a

Murray. Lo que le fastidió de verdad fue el que poco antes había oído el chasquido de una pistola al ser montada.

Lorna —pues la voz era la suya—, iba armada. Y no le hubiera costado nada matarle allí.

En efecto, estaba en el terreno de los Jeffer y al lado del cadáver del guardián. Nadie pediría demasiadas cuentas a aquella mocosa si cinco minutos después telefoneaba al *sheriff* diciendo que se había visto obligada a vaciar la cabeza a un hombre.

—¿Por qué no me aparta esa luz de los ojos? —preguntó, procurando mostrarse tranquilo—. ¿Tanto le gusto?

—¡Usted ha matado al guardián! ¡Le voy a...!

—Lorna... Hablemos claro. Usted ha venido hasta aquí atraída por las luces de situación del coche y por los dos sonidos de claxon. ¿Cree que si realmente hubiera matado a este hombre lo anunciaría con tanta ceremonia? Además...

—¿Además qué?

—No sé si usted entenderá mucho de esto, pero le bastará mirar el cadáver, supongo, para darse cuenta de que lleva bastantes horas fiambre. Y las horas de todo el día las tengo muy justificadas, muñeca.

Ella retiró un poco la luz de la linterna, que deslumbraba a Murray, para posar el disco sobre el rostro del muerto. Era cierto. Bastaba mirarle para convencerse de que no acababa de diñarla precisamente ahora.

Lorna, sin soltar la pistola, ordenó:

—Póngase en pie, maldito.

—¡Qué amable! Cuando a uno le piden las cosas por favor, da gusto.

Pero se puso en pie, alzando incluso un poco las manos, para que ella estuviera más satisfecha.

—¿Y ahora qué?

—Me acompañará a ver a Baxter. Él le encerrará mientras se aclaran las cosas.

—No sé si Baxter me encerrará, muñeca, pero le sugiero algo mejor, y es que pensemos juntos un poco.

—¿Pensar qué?

Murray se dijo que junto a aquella chica se podían pensar muchas cosas, y ninguna de ellas relacionada con los muertos; más

bien al contrario, relacionadas con los recién nacidos. Pero se calló.

—Alguien ha matado a este tipo —dijo—. Y lo ha hecho por alguna razón.

—No acaba usted de descubrir América —dijo ella burlonamente—. Hasta a un niño se le hubiera ocurrido eso.

—Cierto, pero ese pensamiento lleva a otro que ya no se le ocurriría a un niño; la razón por la cual han obligado a este tipo a tomar un baño higiénico de noche.

—¿Qué razón?

—¿No la imagina?

—No.

Murray se encogió de hombros.

—Pues es fácil, muñeca. Con unas curvas como las que usted tiene y unos ojos como los que tenía el muerto, la cosa se aclara enseguida. Él era el único tipo de la servidumbre que sabía que no se podía pasar por aquí a determinadas horas, y además sabía por qué.

Ella palideció. Como ya no le enfocaba a la cara, Murray podía distinguirla con más claridad. Y la luz de la luna le permitió notar aquello; que había palidecido terriblemente.

—¿Quiere decir que...? —balbució Lorna Jeffer.

—Quiero decir que el tipo se pegaba un lote. Oh, claro que se lo pegaba... Y alguien se dio cuenta y decidió que ya era bastante. Y lo apioló.

Ella crispó la mano izquierda, mientras volvía a sufocarle la luz a los ojos.

—¿Me está acusando, Murray?

—No, no lo hizo usted. Usted se hubiera limitado a darle una patadita en las posaderas y despedirle. ¿Pero y su novio? Porque usted debe tener novio, Lorna.

La mano que empuñaba la linterna tembló visiblemente.

—No mezcle a Ray en esto.

—Ah... ¿Se llama Ray?

—¡Le he dicho que no lo mezcle en esto!

Murray se encogió de hombros, mientras bajaba las manos que hasta aquel momento había tenido alzadas.

—Adiós, muñeca —susurró.

—¡No se mueva! ¡No se mueva o disparo!

—He tenido mucho gusto viéndote también de noche, preciosa. Pero en el lago estabas mejor.

—¡Quieto, maldito!

Murray se arriesgó. Fue tranquilamente caminando hacia la casa, a pesar de que la luz de la linterna le alumbraba y a pesar de saber que ella podía disparar. Pero el índice de Lorna no se cerró sobre el gatillo. Al cabo de un momento gritó:

—¡Voy a llamar a Baxter!

—¿Y qué otra cosa crees que voy a hacer yo, muñeca?

Entró en la casa del guardián, donde ya había visto antes que existía un teléfono. Disco el número de la policía, y el ayudante de Baxter se puso al teléfono.

Como aún no debía haber terminado de despertarse del todo, lo primero que se oyó fue un sonoro ronquido.

Y luego una amable frase de funcionario servicial:

—¡A estas horas vaya a molestar a su tía!

—Oiga, pichón, a ver si despierta de una vez. Quiero hablar con Baxter.

—¿De parte de quién?

—De parte de su tía, claro.

La voz de Baxter, que debía estar escuchando por el aparato auxiliar, se oyó en aquel momento.

—¿Qué pasa, Murray? Escupa lo que sea, pero pronto, porque mi servicial ayudante tiene ganas de seguir durmiendo.

—Jefe, yo...

La voz del ayudante sonaba lejana, confusa.

—Oiga, Baxter —dijo Murray, cortando las disculpas que sin duda iban a seguir—, quiero saber qué número de calzado gasta Ray.

—¿Ray? ¿Por qué va a meterse con él?

—Es el novio de Lorna, ¿no?

—Bueno, salen juntos... Los Ray son la familia más poderosa que existe aquí, después de los Jeffer, naturalmente. ¿Usted imagina lo que sería una alianza entre las dos? Usted lo imagina, ¿no? Pues ellos también.

Murray chascó dos dedos.

—¿Dónde le encontraré?

—¡Oiga, maldito Murray! ¡Le he dicho que no se metiera en líos!

—Se equivoca. Esta vez el que se ha metido en un lío es él.

—¿Ray?

—Ujú.

—¿Qué clase de lío?

—Venga enseguida a ese lago particular que hay en casa de los Jeffer y lo verá. Y ahora suelte el sitio donde puedo encontrar a ese hombre.

—Le advierto que es un sudista rabioso.

—¿Y qué?

—Los fanáticos son siempre gente peligrosa. Y se reúne con otros peores que él.

—Muy bien. Pero dígame dónde, cuerno.

—Todos los sudistas de aquí se reúnen en el mismo sitio —dijo el *deputy sheriff*—. Lo encontrará enseguida, una vez sepa el nombre. Se trata club Abraham Lincoln.

Murray se pasó pesadamente una mano por la boca, mientras colgaba el teléfono y salía de la casa. Estaba ya casi habituado a los contrasentidos de la ciudad, pero éste le parecía el colmo. El hecho de que los sudistas se reunieran en un club con el nombre del presidente que derrotó al Sur en la guerra civil, era como para caerse de espaldas. Pero Baxter no podía haberle engañado, de modo que optó por volver a la ciudad y buscar aquel sitio.

De Lorna Jeffer no quedaba rastro. Seguramente había vuelto a la casa, no queriendo quedarse sola en el escenario del crimen.

En Lumber City había una intensa vida nocturna, a pesar de que la ciudad, para un observador superficial, era aburrida y tranquila. La casa tras cuyas cortinillas esperaban las chicas, estaba muy bien iluminada. Había un par de bares con mucha clientela. Y en la calle paralela a Main Street, en uno de los lugares más elegantes de Lumber City, se hallaba el sitio que buscaba Murray; el Club Abraham Lincoln.

El joven pronto comprendió por qué.

Todo el local estaba lleno de retratos de Lincoln, pero éstos sólo servían para que los clientes se entretuvieran haciendo puntería y lanzándole flechas a la nariz. Las servilletas de papel estaban impresas con la vieja bandera de la Unión, y sólo servían, desde luego, para limpiarse y tirarlas después. Las escupideras también

tenían los mismos colores. Y Murray supuso, sin necesidad de entrar en ellos, que el papel que habría en ciertos cuartitos reservados también tenía que ser igual.

Todo se explicaba. Ya no había duda de que la gente de Lumber City tenía sentido del humor.

Y no le cupo duda tampoco de otra cosa; de que ya le estaban esperando.

La actitud de los cinco hombres, todos ellos jóvenes, que ocupaban el local, no admitía vacilaciones. Esperaban a alguien, y ese alguien era él. Lorna debía haber avisado a Ray.

Uno de los jóvenes, un tipo alto, fornido y elegante, se aproximó al recién venido.

—¿Me buscas a mí?

—¿Tú eres Ray?

—Para servirte, pichón.

—Pues entonces te busco a ti.

—Muy bien... Dime para qué. Anda, suéltalo de una vez, monada.

Murray tragó saliva, mientras encajaba sus mandíbulas peligrosamente.

—Quiero hablar contigo —dijo—. Fuera.

—Hablares aquí.

—Bueno, si quieres que lo oigan todos...

—¿Qué han de oír?

Murray dejó caer las palabras una a una.

—¿Cuándo te enteraste de que el guardián de la carretera de los Jeffer estaba sobando con los ojos a tu chica?

Ray emitió una especie de gruñido.

—¿Qué quieres decir?

—La palabra «sobar» está bien clara, ¿no? Él lo hacía con los ojos, ya que no podía hacerlo con las manos. Y si tienes todavía alguna duda, cómprate un diccionario.

Los dientes de Ray rechinaron.

—Bueno, de todos modos te lo tenías ganado —dijo—. Aunque no hubieras dicho nada, era igual. Tenías que recibir.

Y le largó el primer directo, seguro de que encontraría la cara de su enemigo. Pero cuando el puño llegó al sitio exacto, la cara de Murray ya no estaba allí. Ray segó materialmente el aire. Lanzó un

gruñido y entonces se encontró con aquel regalo en su mandíbula. Con aquella especie de bola de acero que le hizo retremblar toda la cabeza.

Cayó hacia atrás, dio de espaldas con una mesa y la volcó por completo.

Los otros cuatro quedaron paralizados durante unos segundos. Estaban tan asombrados que no acertaron a reaccionar.

Murray sabía, ya al entrar allí, que si se quedaba quieto estaba perdido. Si bajaba la cabeza, se la aplastarían. Aquél debía ser ni más ni menos que el club de los matones de Lumber City, el de los perdonavidas, el de los que podían tapar cualquier cosa con un puñado de monedas. Con aquella gente sólo era posible un lenguaje, y era hacer que le respetasen a uno.

Por eso Murray eligió su nueva víctima. Y le pareció que el que tenía más cara de estar deseando recibir era uno de su derecha, cuya boca se había abierto y todo.

Murray se la cerró.

Se oyó un espantoso chasquido de dientes, y de la boca de aquel tipo saltó un chorro de sangre.

Los otros tres se abrieron en abanico. Comprendieron que tenían enfrente un enemigo temible y pasaron a la acción.

Pero sólo atacaron dos a Murray. El tercero se desvió.

Eso debió hacer comprender al joven que el peligroso era aquél, el que desaparecía. Pero los otros dos no le dieron demasiado tiempo para pensarlo.

Cuatro puños fueron simultáneamente en busca de su rostro, y hubo de dar un fantástico salto atrás para esquivarlos. Rodó por el suelo, tras volcar una mesa.

Pero no se estuvo demasiado tiempo allí. Dio una vuelta entera de campana, poniéndose en pie nuevamente.

Los dos tipos venían aullando, y se lo encontraron de frente antes de lo que esperaban. Dos golpes se perdieron en el vacío. Murray, mucho más sereno porque se daba cuenta de lo grave de la situación, no falló sus golpes.

Una mandíbula saltó hacia atrás. Un estómago demasiado abultado recibió un gancho que hizo temblar a su dueño.

Los dos cayeron por el suelo, gimiendo y aullando. Pero detrás de Murray estaba ya el tercer tipo, el que había desaparecido, y éste

llevaba en las manos una cadena de bicicleta.

La dejó caer con todas sus fuerzas, aplastándola contra el cuello y la nuca de Murray.

El joven sintió un vivísimo dolor, un dolor tan intenso que le desvanecía. Cayó de rodillas mientras lanzaba una imprecación.

La cadena de la bicicleta volvió a desplomarse sobre él, ahora en la cabeza, y por entre sus cabellos resbaló la sangre.

Ray, que ya empezaba a recuperarse, masculló:

—¡Dale, Thomas, dale! ¡Mátale!

Thomas fue a hacerlo. Era muy posible que otro golpe en la cabeza de Murray hubiera acabado con él.

Pero en el camino de la cadena no encontró el cuerpo del caído, sino una mesa que éste acababa de levantar. La madera resonó sordamente, como si fuera a partirse. Murray luchó por ponerse en pie, con lo cual tendría mucho ganado.

Otro de sus enemigos saltó hacia él. Quería imitar a los grandes campeones de lucha libre, pero sólo era un mal aficionado.

A Murray le bastó flexionar la espalda para que aquel tipo pasara por encima de él. Fue a estrellarse contra la pared y uno de los retratos de Lincoln se le quedó encima, por sombrero.

En aquel momento recibió un puntapié en el flanco izquierdo. Eso no lo esperaba, y al instante se le cortó la respiración. El dolor subió en oleadas a su cráneo. Quedó un momento indeciso, con los ojos extraviados y sin saber qué hacer.

La cadena de bicicleta volvió a caer sobre su cabeza, y esta vez le derrumbó del todo. Murray vio que las cosas empezaban a dar vueltas en torno suyo. Supo que iba a perder el sentido, y comprendió que a partir de entonces estaría perdido.

Oía confusamente las voces que también parecían girar en torno suyo.

—¡Otro golpe! ¡Otro golpe y lo matas!

—¡Dale, Thomas!

—¡Dejádmelo a mí! —gritaba Ray—. ¡Dejádmelo a mí, malditos!

Fue a patear la cara de Murray, pero en ese momento una mano le sujetó por el cuello en el aire. Ray balbució algo ininteligible. Aquella mano le acercó hasta encontrarse con la sudorosa cara de Baxter a dos centímetros de distancia.

—¡Basta, Ray! ¡He dicho que basta!

—¡Maldita sea, cochino policía! ¿Qué quiere?

—¡A mí no me llana cochino policía ni mi padre!

Baxter propinó al millonario un rodillazo al bajo vientre que le hizo saltar por los aires, aullando y brincando de dolor. Baxter apretó los puños.

—¡Y te prometo que con la próxima que te dé no vas a poder tener hijos ni por correspondencia!

Todos aquellos tipos se amansaron. Lo de los hijos les había llegado al alma.

Murray se puso en pie poco a poco, mientras se restañaba la sangre.

—Déjelo, Baxter —balbució.

—¿A qué ha venido aquí?

—Lo sabría si hubiera ido directamente a casa de los Jeffer, como le dije.

—Si hubiera ido directamente a casa de los Jeffer ahora estaría usted muerto, Murray. He enviado a mi ayudante, que si no se duerme por el camino me telefoneará de un momento a otro. Y ahora vámonos de aquí.

Desde la puerta amenazó a los cinco individuos, que aún no habían terminado de levantarse del suelo.

—Y vosotros quietos —advirtió—. Si tenéis rabia, le pegáis un sopapo a la cara de Lincoln, que, pobre, no protestará. Pero al que vuelva a mover los puños lo enchirono por dos meses. ¿De acuerdo?

Nadie contestó. El silencio más espantoso se había hecho en el local. El único que ahora se movía en él era el camarero, que seguía limpiando unos vasos tranquilamente.

Murray andaba tambaleándose. Menos mal que la oficina de la policía estaba muy cerca.

Baxter le dijo que, ante todo, entrara en el lavabo y metiera la cabeza bajo el grifo, mientras él llamaba a un médico.

Murray siguió el consejo. Cuando ya empezaba a sentirse mejor, llegó el médico. Éste le puso unas gafillas en la cabeza y le dijo que había tenido suerte, porque la cosa pudo haber sido mucho peor.

—¿Cree que no me di cuenta?

—Mañana le haré otra cura. Ahora procure llevar la cabeza siempre limpia, y cambie un poco de peinado. Si se echa el pelo un poco más atrás, esas gafillas ni se notarán.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Cuándo paso a cobrar, Baxter?

—Cuando el presupuesto de la policía sea más amplio. Yo creo que el año que viene, o algo así. Y ahora lárgate.

El médico se largó. Murray se dejó caer derrumbado sobre una silla.

—Ha sido una bonita paliza —dijo—. Creí que no lo contaba.

—Lo mismo he pensado yo al entrar allí, Murray, y eso me hace reflexionar sobre muchas cosas, ¿sabe? Más valdrá que se largue de la ciudad, porque la situación se ha enredado ya bastante. ¿Qué ha sucedido en casa de los Jeffer?

Murray iba a contárselo cuando en aquel momento sonó el teléfono. Baxter lo descolgó.

Estuvo oyendo durante algunos minutos, sin contestar más que con monosílabos.

Luego colgó. Tenía cara de perro que no ha comido en varios días.

—Milagrosamente mi ayudante ha llegado allí —dijo—. Ha llegado allí sin dormirse y sin romperse la crisma. Habrá que pensar en ascender a ese chico. Ya ha aprendido a no perderse y a conducir sin accidentes durante casi tres millas. En fin... ¿quién cree que ha sido?

—Ray.

—¿Por qué?

—Era el único que tenía motivos. Me apuesto la cabeza a que ese bergante aprovechaba su cargo para mirar hacia el lago, cuando la chica se estaba bañando.

—¿Y qué?

—Ray debió enterarse. Pudo hacer algo para que le despidiesen, pero para un tipo como él, el hombre que había puesto los ojos sobre su novia no podía seguir viviendo. Se presentó por la noche y quiso darle un buen escarmiento. Tal vez no pensara llegar hasta la muerte, pero ya se sabe lo que son esas cosas. Se le fue la mano. Terminó arrojando el bulto al agua y luego se largó a beber con sus amigos. Así es cómo ocurrieron las cosas.

Baxter reflexionó un momento y luego se dio unas sonoras palmadas en la frente.

—¡Maldita sea! Puede que sea cierto lo que dices, Murray, pero

tendré que abrir una investigación, de la que puede que usted no salga bien librado. Al fin y al cabo se ha estado metiendo en líos desde que llegó. Por eso le digo: lárguese. Será mejor para todos.

—¿Largarme ahora? ¿Por qué?

—Hace unas horas temía que acabara matándole Arnold Jeffer. Ahora estoy seguro de que le matará Ray.

—No voy a irme, Baxter.

—¿A pesar de la paliza?

—A pesar de la paliza.

Baxter le contempló con una mezcla de admiración y de pena, como si pensara: «¡Qué lástima tener que ir al entierro de un chico así!».

—Ray no le perdonará.

—Pero si él es un asesino, tendrá usted que detenerle, Baxter.

—Primero deberé demostrar que lo es. No crea que esto va a resultar tan sencillo, amigo mío. Iniciaré una investigación. Bueno... la investigación ha empezado ya, puesto que mi ayudante está en el sitio donde ocurrieron los hechos.

—Pero usted la llevará a su modo, Baxter. ¿No es así?

—¿Qué quiere decir «a mi modo»?

—Que procurará no molestar demasiado a los Jeffer.

El jefe de la policía local se mordió el labio inferior, mientras hacía un gesto con los brazos.

—No le molestaré sin necesidad, eso es cierto. Pero en las cosas importantes, será para mí un ciudadano cualquiera. Trato de decirle que, si hay pruebas, detendré a Ray aunque moleste a los Jeffer. Y si hubiera de registrar la casa de éstos, lo haría.

El joven chascó dos dedos.

—De acuerdo, Baxter, me voy a dormir.

—¿Saldrá de la ciudad mañana?

—Es posible.

—Recuerde que puedo expulsarle.

Murray torció el gesto.

—Aunque sé que lo haría por mi bien, trate de no meterse en ese lío, Baxter. Sólo le pido un día más, lo cual no es demasiado. Y ahora, buenas noches.

Iba ya a salir cuando el policía le llamó.

—Eh, Murray.

—¿Qué hay?

—Tome esto. Me lo ha dado el dueño del hotel. Dice que usted lo olvidó en un cajón de su mesilla.

Y le tendió dos papeles. Uno era el permiso de conducir; el otro, una esquila mortuoria recortada de un periódico.

Murray torció el gesto otra vez.

—No olvidé eso en el cajón de mi mesilla, sino que lo tenía guardado allí. Y aunque el dueño del hotel creyera que lo había olvidado, ¿por qué se lo dio a usted en lugar de dármelo a mí?

—¿Quién sabe?

La sonrisa de Murray resultó cuadrada y lejana.

—Yo sí que lo sé, Baxter. Lo que usted acaba de hacerme es una advertencia sin palabras. Estoy controlado hasta en los menores detalles, ¿no? Todo lo que hago se lo cuentan. Y hasta mis papeles se los dan a usted. Venga, suéltelos.

Baxter se los entregó.

—No pretendía quedármelos.

—No... Un jefe de policía no haría eso, ni siquiera en una podrida ciudad del Sur.

Los tomó y se dirigió de nuevo hacia la puerta, pero antes de que traspusiera el umbral Baxter habló de nuevo.

—Oiga, Murray, le he dicho antes que esos papeles no tenían interés, pero confieso que la esquila mortuoria me ha llamado la atención. ¿De quién es? ¿Por qué la lleva?

Y antes de que el joven contestara, añadió:

—He visto que es de una fecha reciente.

—En efecto.

—Entonces repito: ¿de quién es? ¿Por qué la lleva?

—Es la esquila mortuoria de mi mejor amigo. La llevo porque quería enseñársela a alguien. Pero no se alarme, señor jefe de policía. Aquí no hubo ningún crimen; mi amigo murió de muerte natural.

Guardó los dos papeles y salió del despacho silenciosamente.

CAPÍTULO VII

Baxter no tardó en recibir la visita de una comisión, a pesar de lo avanzado de la hora. Esa comisión estaba formada por los hombres más importantes de la ciudad, excepto Jeffer. La componían todos aquellos tipos de quienes él dependía más o menos; gente a la que no podía ofender si aspiraba a conservar el cargo.

Eran los padres de Ray y de los otros muchachos más o menos alegres que solían pasar las horas en el Abraham Lincoln. Sus facciones aparecían hoscas. Baxter se dijo inmediatamente que venían a exigirle su dimisión, o poco menos.

Pero no quiso achantarse ya de entrada. Les miró con curiosidad, mientras hacía un gesto mostrándoles la pequeñez de su despacho.

—Lamento mucho que no haya sillas para todos, señores. ¿A qué debo el honor de su visita?

Fue el padre de Ray el que primero se encaró con él.

—Oiga, Baxter, nos hemos enterado de lo que sucedió en el Abraham Lincoln.

—Yo también.

—Un forastero sin oficio, un tipo que a lo mejor está reclamado, fue allí a molestar a nuestros muchachos.

—¿Y por qué no vienen sus propios muchachos a reclamar? ¿Es que tienen miedo de que ustedes les peguen una paliza o les dejen sin postre la semana próxima?

El padre de Ray dio un puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta de una condenada vez, Baxter! ¡Usted sabe perfectamente que este asunto es nuestro, no de los chicos! ¡Es un asunto que atañe directamente a la moral de nuestra pequeña ciudad! ¡Y nosotros representamos esa moral!

El *deputy sheriff* los miró uno a uno.

—Pues lo siento —dijo.

—¿Qué farfulla? ¿Qué lo siente? ¿Y por qué?

—Porque la moral queda muy malparada, amigos. Ustedes aseguran representarla, pero me gustaría saber lo que la moral opina. Al más honesto de todos ustedes le podría empapelar por corrupción de menores, y al más deshonesto por sospecha de asesinato. Sí, amigo Wilkes —señaló a uno de ellos—. Me estoy refiriendo a aquella chica mulata que apareció ahogada en el río, y cuyo caso quedó archivado como un accidente. La chica mulata era su amiguita, ¿no? Hasta que se puso tonta. Y en cuanto a la corrupción de menores, es un deporte que todos ustedes practican en sus industrias y en sus negocios. ¡Uf! Ascienden mucho más aprisa las aprendizas de quince años que las cajeras de cincuenta... Pero dejemos eso. Yo he sido hasta ahora un jefe de policía servicial y atento. No les he molestado en nada. No creo que ahora, por una simple bronca en un bar, tengan que pedirme cuentas a mí.

Los cinco hombres que formaban la comisión le habían escuchado en silencio, mientras palidecían bruscamente.

Era aquél un lenguaje desacostumbrado, un lenguaje que nadie había empleado jamás con ellos, los dueños de Lumber City.

¡Y menos el jefe de policía, el hombre que siempre estaba dispuesto a archivar un asunto o a olvidarse de lo que vio!

¿Qué cuerno había sucedido?

El padre de Ray, fue el primero en reaccionar. Dijo secamente:

—Nadie le preguntaba por nuestras cosas, Baxter. Eso que menciona usted son problemas sin demasiada importancia. Pero ahora es un forastero el que ha venido a imponer aquí su ley. Un sucio forastero que ni siquiera sabemos de qué vive.

—No vive de nada.

—Usted le paga el hotel.

El *deputy sheriff* se encogió de hombros.

—¿Para qué negarlo, si ustedes ya lo han averiguado antes de venir aquí?

—¡Queremos saber por qué le protege! ¡Lo exigimos!

—Él me está ayudando a esclarecer la muerte de esa mujer, de Irma Donovan.

El padre de Ray hizo un gesto despectivo con los labios, como si fuera a escupir.

—¡Una puerca! ¡Una artista de *striptease*!

—Creí que el *striptease* le gustaba, amigo.

El magnate palideció, y luego, de pronto, enrojeció tanto que sus facciones se volvieron de color púrpura.

—Eso no le importa, Baxter. Usted, no es mi mujer.

—Por suerte. Pero soy el jefe de policía, mientras no me destituyan. Irma Donovan estaba en la ciudad cuando fue asesinada, y mi obligación es llegar hasta el fondo del asunto. No me importa si enseñaba las piernas o no. Y ese tipo, Murray, me ayuda. Es un investigador privado de Nueva York No se trata de un analfabeto.

Resonaron otros dos puñetazos sobre la mesa.

—¡Échele de aquí!

—¡Expúlsele o nadie responde de lo que suceda, Baxter!

—Ya le he dicho que se fuera.

—¡Eso no basta! ¡Expúlselo!

El padre de Ray le apuntó con el índice.

—Va usted a ponerse otra vez en vereda, Baxter, o de lo contrario lo lamentará. Hasta un jefe de policía puede sufrir aquí un accidente, entérese de una maldita vez. Y sin necesidad de llegar a eso... Podemos hacerle perder su cargo y luego ponerle a regular el tráfico en el cruce de carreteras. O ni siquiera eso... Piénselo, Baxter. Mañana queremos a ese granuja fuera de aquí.

Otro de los que formaban la comisión encendió un cigarrillo con gestos calmosos.

—¿Por qué hemos tenido que llegar a esto, Baxter? —preguntó, apaciguador—. Usted siempre había sido un hombre listo. Sabía cuándo convenía actuar y cuándo convenía callarse. Si tenía que hacer un favor, lo hacía. En el fondo, sin embargo, comprendo que todo eso le fastidiase.

El *deputy sheriff* dijo levemente, como si se estuviera quedando sin fuerzas:

—En efecto, así era.

—Le fastidiaba tanto que hubo un momento en que se fue de la ciudad. Quería demostrar que también podía triunfar en otro sitio, que podía ganarse la vida y ser, además, libre. El caso es que se largó. ¿Adónde fue? No lo sabemos. Los dos años que estuvo fuera constituyen el único secreto de su vida, Baxter. Pero las cosas no debieron marcharle lo bastante bien, porque al cabo de ese tiempo

volvió con el rabo entre piernas. No fue casualidad el que regresara justo cuando había que elegir otra vez jefe de policía. Los que estamos aquí, con el permiso y el consejo favorable de Jeffer, volvimos a darle el cargo. Otra vez tenía usted una chapa en el pecho, una gorra en la cabeza y bajo los pies un sitio donde caerse muerto. Otra vez era alguien... con nuestro permiso. Las cosas marcharon como una seda hasta que llegó ese tipo. ¿A usted qué le importa un forastero, Baxter? ¿Por qué no es inteligente como lo era antes? Hala, reflexione. ¿A qué vienen esas ganas de complicarse la vida?

El *deputy sheriff* miró al que acababa de hablarle.

Stanley era el más persuasivo y el más inteligente del grupo, pero también el más duro, el más inflexible cuando hacía falta.

Hundió la cabeza al fin.

—Ustedes tienen razón —dijo, abriendo y cerrando las manos—. Cada uno tiene que vivir según las normas de la ciudad que ha escogido. Haré lo que me piden.

CAPÍTULO VIII

Teóricamente lo primero que tenía que hacer Murray a la mañana siguiente era largarse de la ciudad. No tenía ni que hacer las maletas ni que pagar el hotel. Pocas veces se habían dado tantas facilidades para que un tipo se largara de Lumber City con viento fresco.

Pero Murray no hizo nada de eso. Después de ducharse, arreglarse y desayunar frugalmente, tome su cacharro e hizo que éste remontara penosamente la empinada carretera que llevaba a la casa de los Jeffer.

No había nadie en la caseta del guardián. La cadena estaba en el suelo. Si Baxter había iniciado investigaciones, no lo parecía. Todo estaba tan tranquilo, como si allí no se hubiera cometido un crimen jamás. Las aguas del lago brillaban, quietas y sosegadas bajo el fuerte sol. No se oía en ellas e menor chapoteo, el menor rumor.

—Murray siguió adelante, hacia la casa.

Esperaba que alguien le detendría, pero eso no ocurrió. Pudo llegar hasta el porche sin inconvenientes. Y una vez junto al porche, mientras su coche daba una serie de ronquidos antes de detenerse vio aquella minifalda.

Valía la pena pararse a mirar aquello, incluso dejando el coche sin frenos y en mitad de la pendiente. Lorna Jeffer se había sentado con toda confianza, sin pensar que alguien podía fijarse en ella, y leía a la sombra del porche los últimos periódicos recién llegados de la ciudad. Los ronquidos del motor no la habían sobresaltado, quizá porque a aquella hora solía llegar un vehículo similar, al que ya estaba acostumbrada.

Murray se acercó.

Estaba como hipnotizado por aquellas piernas, tanto que no se dio cuenta de que la chica había dejado le leer y le miraba fijamente.

—Tú... —balbució Lorna.

Murray se mordió el labio inferior.

—Perdona.

—Creí que era la camioneta de reparto. Hace el mismo ruido que tu coche.

Y se puso en pie. Le miraba con desafío y con una especie de chispita de desprecio brillándole en los ojos.

—¿A qué has venido? ¿Cómo te atreves...?

—Tenía que hacer dos cosas aquí —dijo él—. Una de ellas dar una respuesta a tu tío Arnold.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo que me pidió. Bueno, es que ya te he dicho que también tenía que hacer otra cosa —murmuró él—. Anoche tú y yo nos despedimos un tanto precipitadamente. Quería pedirte perdón.

—¿Perdón por haberme ofendido? —Ella rió nerviosamente—. No ofende el que quiere, sino el que puede.

—Comprendo. Yo soy muy poca cosa... De todos modos lo lamento. No me gusta nada de lo que está sucediendo aquí, y tampoco me gusta nada de lo que estoy haciendo.

Ella entró pensativamente en la casa. Murray la siguió en silencio.

No se veía a nadie. Lo más admirable de aquella casa era el clima de tranquilidad y sosiego que se respiraba en ella. Después de la existencia ajetreada de Nueva York, Murray se dijo que debía dar gusto vivir allí. Si él llegara a tener dinero alguna vez, no lo emplearía en poner un despacho en Wall Street; se compraría una casa en el Sur, como ésta. Se compraría una casa con un porche blanco y se dedicaría a mirar pasar las nubes. La experiencia había enseñado a Murray que si los hombres nos dedicáramos a mirar las nubes de vez en cuando, tendríamos más serenidad para muchas otras cosas.

Y lo dijo así, mientras la muchacha subía las escaleras delante de él.

—En tu lugar no me preocuparía —dijo Lorna—. Tú no tendrás dinero nunca.

—No, claro que no.

Pero Murray ya no pensaba en eso. La chica iba delante de él subiendo por la escalera.

¡Demonios de minifalda!

Entraron en una sala oscura, pero ella encendió la luz enseguida. Era una sala grande, sin muebles, donde se veían numerosas panoplias con floretes y espadas. Una larga alfombra de goma la recorría de lado a lado, en el centro. No hacía falta esforzarse mucho para comprender que aquélla debía ser le sala de esgrima.

—No os falta detalle... —elogió.

—A los ricos no nos falta detalle nunca.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Porque tío Arnold tenía que estar en su despacho o en esta sala. Ésta es su hora de esgrima. Sin embargo, no veo que hayan llegado ni el profesor ni él.

Murray cerró la puerta.

—Escucha, Lorna...

—Si te he traído aquí es para que hablaras con tío Arnold. Conmigo no tienes nada que hablar.

—Sólo quería decirte una cosa más: lamento lo de Ray. Yo no fui allí a provocarle.

—Yo también lo lamento. Le dije que irías. Murray chascó dos dedos.

—Lorna... No te cases con él.

Ella le volvió a mirar fijamente, con una chispita burlona en sus ojos.

—¿Qué no me case con él? ¿Y por qué no?

—Es muy poca cosa.

—Te equivocas; me viene a la medida.

—Para eso haría falta que tú también fueras muy poca cosa, Lorna. Y la verdad fue que al principio lo creí. La clásica heredera del Sur, dominadora, orgullosa y convencida de que el mundo se ha hecho para que ella lo pise. Pero ahora me he dado cuenta le otra cosa, Lorna, de algo que te dignifica; en realidad eres una desgraciada.

Ella rechinó los dientes.

—¡No consiento que nadie me llame desgraciada!

—En el fondo te molesta someterte a las normas de la vida en esta ciudad —siguió Murray, a pesar de las palabras de la muchacha—. Vivir de la familia y casarte con un inútil que también vivirá de la familia. Saber que, en cuanto empiece a cansarse un poco de ti,

tú flamante marido pellizcará a la secretaria y hasta puede que tenga aventuras con algunas negras muy jóvenes. Asistirás a obras de beneficencia y cada vez que acaricies en la inclusa a un mulatito sin padre pensarás, estremeciéndote: «¿Será hijo de Ray?». Seguirás bañándote en el lago hasta que pienses que ya empiezas a ser algo mayor para eso. Un día te cansarás de todo y querrás tú también tener alguna aventura, pero eso es más difícil: «¿Cómo encontrar un hombre muy discreto y que además no quiera aprovecharse de tu fortuna?». Al fin lo encontrarás. Esas cosas siempre se encuentran. Os veréis en cualquier sitio y tendrás la sensación de ser una miserable. Ray se enterará, claro, porque en esta parte del Sur todo se sabe. Y os insultaréis mutuamente y sacaréis los trapos sucios al sol, y hasta hablaréis de divorcio. Pero a ninguno de los dos os convendrá, porque habrá sólidos intereses comerciales de por medio. Entonces seguiréis viviendo juntos, pero en el fondo os despreciaréis. Tú, por orgullo, no tendrás ninguna aventura más. Él... Él no tendrá orgullo siquiera. Hasta que un día te asomará al porche de esta casa y descubrirás que las cosas, que el paisaje apenas han cambiado, pero tú, sí. Tú ya serás muy vieja, definitivamente vieja. Y entonces te faltará lo único que te hacía sentirte generosa, que era tu belleza y tu juventud. Te molestará que las otras sean más bonitas que tú. Empezarás a volverte ruin y cobarde. Si alguna vez uno de tus hijos mira a una mulata, la echarás de tus dominios. Considerarás inconcebible que alguien se case por amor, y empezarás a preparar para tus descendientes bodas de compromiso. Disfrutarás con eso. Serás más honrada y más respetada cada vez. También más temida. Hasta que un día cerrarás los ojos, rodeada de llorosos familiares que pensarán en tu herencia y a los que, si de pronto te pusieras bien, darías un disgusto de muerte. Pero no, no te pondrás bien. Te morirás y te enterrarán en esta tierra caliente y hermosa del Sur. Te pondrán encima una lápida de mármol rosa: «La virtuosa dama... etcétera... etc...». Y como último resto de coquetería, incluirán en la lápida un retrato al esmalte de cuando tú tenías veinticinco años.

Después de este largo discurso, que Murray había pronunciado con voz tranquila, fue a salir de la habitación. De pronto todo el interés que tenía por estar allí parecía haberse desvanecido. Las manos de la muchacha cayeron sobre su pecho como dos zarpas;

estuvieron a punto de rasgarle la camisa.

—¡Calla! ¡Calla de una vez, maldito! ¡Calla!

Él apartó poco a poco aquellas manos trémulas.

—He callado ya.

—¡Tú no eres quién para decirme lo que debo hacer! ¡Me casaré con Ray! ¡Me casaré con él y mi vida será completamente distinta de lo que tú has dicho!

—Bien sabes que no.

Ella le miró con ojos llameantes, pero en cuyo fondo palpitaba una lacerante pena.

—¿Por qué lo dices? —balbució—. ¿Por qué sabes tú cómo es la vida de la gente?

—Hay tres profesiones en que uno se entera de muchos secretos repulsivos —murmuró él—. La del abogado, la del médico y la del detective privado. Yo soy detective privado en Nueva York, y no todos mis clientes fueron gente honrada ni gente pobre. He conocido más matrimonios deshechos que días tiene un año. He tratado con chicas como tú, pero veinte años más tarde. Esposas de ricos industriales, de gente con la que se casaron por la sola razón de que había dinero detrás. Te juro que podría escribir sus vidas.

Los ojos de Lorna Jeffer estaban llorosos. Estaban llorosos de indignación y al mismo tiempo de pena. Nadie le había hablado así. Le daba rabia y al mismo tiempo angustia que le hablaran de ese modo.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —balbució, como si de pronto admitiera la realidad—. ¿Qué podría ofrecerme, por ejemplo, un hombre como tú?

—La posibilidad de luchar por una vida mejor —susurró Murray—, pero eso es bien poca cosa. Uno se cansa de luchar, y la vida mejor no llega nunca. Adiós, muchacha. He tenido mucho gusto en desearte felicidades.

Cuando hacía girar el pomo de la puerta, ella murmuró:

—Espera.

Murray esperó.

Se la quedó mirando, muy quieto, mientras ella se acercaba un paso más.

Y de pronto los labios de la muchacha se posaron en los suyos. De pronto sintió que aquellos brazos mórvidos, dulces, le ceñían el

cuello.

Murray no respondió. Sólo se dejó besar. No respondió porque no quería dejar que sus pensamientos le arrastrasen hasta un clima de locura.

Fue un beso muy breve. Ella le soltó antes incluso de que él reaccionara.

—Según parece, nunca podré besar a un pobre —murmuró ella—. Bien, ya lo he hecho. Tampoco estará bien que una dama como yo abofetee a un hombre, ¿verdad?

Cruzó dos veces con su derecha la cara de Murray, que ni siquiera parpadeó.

—¡Pues ya lo he hecho también! ¡Ya lo he hecho!

Fue Lorna la que salió de la sala, diciendo antes de cerrar de un portazo:

—¡Y ahora espera a mi tío aquí! ¡Él no se niega a recibir a los desgraciados! ¡Supongo que te atenderá enseguida!

El joven quedó solo.

Todo había ocurrido con tanta rapidez, que Murray no estaba aún muy seguro de que no fuera un sueño.

Había hablado a Lorna con el corazón en la mano, le había dicho lo que realmente sentía. Pero ése había sido también un trabajo inútil. Ella lo olvidaría todo al día siguiente, y en el fondo haría bien.

Decidió esperar a Arnold Jeffer en la gran sala de esgrima, dispuesto a decirle una cosa muy sencilla; que no trabajaría para él:

Pero no tuvo tiempo de decir nada ni de pensar nada. Porque en aquel instante se apagaron con un chasquido las luces de la habitación.

CAPÍTULO IX

Murray parpadeó, sorprendido. La verdad fue que aquello le aturdió en un principio. No entendió lo que pasaba.

Y entonces oyó otro chasquido.

El de una puerta al abrirse y cerrarse con rapidez.

Pero no podía tratarse de la puerta junto a la cual él estaba, porque ésa no se había movido. Debía haber otra puerta en la habitación, en la cual él no se había fijado antes.

Lo cierto era que no veía nada, nada absolutamente.

Quizá para que la luz fuera enteramente uniforme, la sala de esgrima no tenía ventanas. Una muy cuidada instalación de neón le daba claridad por todas partes, pero ahora esa instalación no funcionaba. Las sombras eran espesas, casi asfixiantes. Murray accionó el conmutador que estaba cerca de su mano, pero no se produjo efecto alguno.

No era eso lo que le preocupaba, sino el hecho de que alguien hubiera entrado en la habitación.

Alguien que debía conocer muy bien aquello, que era capaz de moverse en las tinieblas. ¡Alguien que le había tendido una trampa mortal!

Rechinó los dientes. No caería en ella. Le molestaba huir, pero en este caso no tenía otro remedio.

Fue a hacer girar el pomo de la puerta junto a la cual estaba, y vio que la habían cerrado desde fuera.

Volvió a rechinar los dientes.

¡Estaba acorralado!

¡Ahora sí que no podía escapar de aquella trampa!

Como primera precaución, se desplazó en silencio. Él no podía ver a su enemigo, pero su enemigo debía saber dónde estaba. Por lo tanto era elemental que no pudiera encontrarle en el mismo sitio.

Eso le salvó la vida.

De pronto vio brillar algo y escuchó un leve crujido. La punta del florete acababa de clavarse en la pared, justo en el sitio donde él había permanecido hasta unos segundos antes.

Vio apenas la sombra que pasaba detrás de aquel florete, lanzándose a fondo.

Al principio, la oscuridad le había parecido del todo impenetrable a Murray, pero ahora sus ojos se acostumbraban y empezaba a distinguir levemente algunas cosas, como por ejemplo aquella silueta.

Intentó lanzarse sobre ella, sujetarla.

Falló.

No conocía bien las distancias de aquella habitación, y la oscuridad le desorientaba. Rodó por tierra, mientras a su espalda sonaba una levísima carcajada.

El florete le buscó de nuevo. Vio el acero rebrillar en lo que ahora le parecía ya una espesa penumbra.

Esta vez no le alcanzó por verdadero milagro. Su enemigo, fuera quien fuera, veía allí mucho mejor que él. La punta de acero rasgó la alfombra junto a la cara de Murray.

Éste necesitó de toda su agilidad para salir de aquel atolladero. Alzó las piernas, tomó impulso y todo su cuerpo, gracias a la firmeza de los músculos de su estómago, rebrincó. Estaba en pie apenas unos segundos más tarde.

Necesitaba defenderse con algo, pero no sabía con qué. Palpó desesperadamente las paredes.

Sus dedos tocaron una de las panoplias. No había más que floretes allí. Sujetó uno, pero aquélla era en sus manos un arma inútil o poco menos. Tal como está la vida moderna, donde ya casi se emplean pistolas nucleares y todo eso, a nadie se le había ocurrido enseñarle esgrima. Dio un par de inútiles sablazos al aire y eso sólo sirvió para que su enemigo lo localizase otra vez.

«Será una muerte estúpida... —pensó Murray—. ¡Vaya manera loca de morir!».

Se dejó caer a tierra mientras el florete volaba hacia su pecho. Todo aquello no era muy académico, pero al menos iba conservando la piel. Esta vez su enemigo tropezó con él y cayó también al suelo. Era un hombre o al menos vestía de hombre; eso fue todo lo que pudo averiguar Murray.

Trató de sujetarlo, pero no lo consiguió. El otro también era ágil. Los ojos de Murray, mientras tanto, se habían habituado ya casi por completo a aquella espesa penumbra. Veía a su enemigo tan bien como su enemigo le veía a él.

Y entonces se dio cuenta de una cosa.

¡Su enemigo llevaba sobre la cara una máscara de goma!

Eso fue una sorpresa sólo relativa para Murray. Ya podía haber imaginado que el que trataba de matarle era George Jeffer. Lo había intentado una vez, entre los cañaverales. No era extraño que lo intentase ahora de nuevo, en un terreno que le era mucho más favorable.

¡Si pudiera encontrar una salida! ¡Si al menos localizara la puerta por la que había penetrado aquel tipo!

Ésa no debía estar cerrada con llave. Podría salir por allí.

Se dio entonces cuenta, con sorpresa, de que él no deseaba matar a George Jeffer. No deseaba matarle ni siquiera para defender su propio pellejo. ¿Por qué? Sólo por no hacer pasar a Lorna por aquel mal trago. Infiernos... ¿Se estaba volviendo loco? ¿Hasta ese extremo había llegado a afectarle la muchacha?

Pero ahora no había tiempo para pensar.

El florete le buscó de nuevo. Y su punta pasó materialmente por entre los cabellos de su cabeza.

Un poco más abajo y le penetra por uno de los ojos. La herida hubiera sido mortal.

Sintió en su medula el escalofrío del Más Allá.

Dio un salto en el vacío, un salto casi loco, a la desesperada, y de pronto chocó con una pequeña hoja de madera.

¡La puerta! ¡La otra puerta!

La abrió de golpe. Un débil rayo de luz penetró en la enorme sala de esgrima.

Pero no podía pretender alumbrarla toda. Entre las sombras acechaba su enemigo. Murray las escrutó hasta convencerse de que no le veía.

Entonces salió, tratando de cerrar la puerta desde fuera y así acorralarle. Pero no pudo porque la llave no estaba en la cerradura.

Oyó en el piso inferior la protesta de alguna criada.

—¿Pero quién ha cortado la luz?

Sí, eso era lo ocurrido. Habían cortado el interruptor general de

la electricidad, confiando en que nadie se diera cuenta porque era de día. Pero los aspiradores, las neveras, debían haberse paralizado. La servidumbre se inquietaba.

De pronto se hizo la claridad en todos aquellos pasillos interiores de la casa. Alguien debía haber accionado de nuevo el conmutador general. Murray volvió a entrar velozmente en la sala de esgrima, donde también debían haberse encendido las luces.

Pero ya no vio a nadie allí.

La enorme sala estaba vacía.

Notó que había tres puertas; una principal y dos secundarias. No cabía duda de que el de la máscara había tenido ciertas facilidades para entrar y salir.

Murray respiró hondamente.

Aún no podía creer del todo que estuviera vivo. Sentía en su sangre el frío de la muerte.

Cerró la puerta, comprendiendo que iba a ser inútil seguir allí. Que era una tontería tratar de organizar un verdadero registro.

En aquel momento oyó unos pasos junto a él. La alta y aristocrática figura de Arnold Jeffer se acercaba.

—Me han dicho que estaba aquí —murmuró.

—Ya ve que sí.

—¿Qué le ocurre?

—¿Por qué lo pregunta?

—¡Si usted viera qué aspecto tiene!

Murray chascó dos dedos.

—No me gusta hablar de esto, señor Jeffer, pero su sobrinito acaba de actuar otra vez.

Arnold palideció.

—¿Dónde?

—Ahí, en la sala de esgrima.

—¡No es posible!

—¿Por qué no?

—¡Él no tiene permiso para entrar en esta casa!

—De acuerdo, pero la conoce bien. Quizá mejor que usted. Y sabe por dónde se entra y por dónde se sale.

Arnold Jeffer suspiró, desalentado.

—No sé ya qué hacer... Y por eso es más importante lo que voy a preguntarle, Murray; ¿qué ha decidido? ¿Va a ayudarme?

—Lo siento, señor Jeffer, pero no lo haré.

—¿Por qué no?

—Quiero actuar con independencia, y nadie es independiente estando a sus órdenes. Si lo que yo consiga le ayuda, mejor para usted. Pero he de hacerlo a mi modo.

Arnold Jeffer hizo un gesto de contrariedad, pero se limitó a eso.

—Allá usted, Murray. Le he ofrecido una oportunidad de ganar algunos dólares y además trabajar con un cierto margen de seguridad. Pero si prefiere ser un lobo solitario, allá usted. Todo lo que puedo prometerle es que iré a su entierro cuando le maten.

—Ya han estado a punto de hacerlo. Ha faltado la cabeza de un alfiler, se lo aseguro.

El gesto de Jeffer se endureció. Sus facciones adquirieron un matiz sombrío. Sin duda —pensó Murray—, estaba irritado ante la posibilidad de que él buscara las cosquillas a su sobrino George, y por extensión a toda su honorable familia.

Murray chascó dos dedos.

—Tanto *disgusto* de conocerle, Jeffer.

—Igual le digo.

CAPÍTULO X

Estaban allí.

Formaban un compacto grupo en la carretera, antes de entrar en Lumber City. Habían cruzado un par de gruesos troncos en ella, de modo que el automóvil no podía pasar. Tampoco había ningún desvío, ya que la carretera estaba flanqueada a un lado por un talud y al otro por un barranco.

Murray tragó saliva violentamente.

Todo su cuerpo sufrió un estremecimiento, pero eso sólo lo hubiera notado cualquiera que estuviese junto a él. Todos aquellos tipos, situados a unas diez yardas, no lo notaron.

Los dedos del joven se cerraron frenéticamente sobre el volante.

¿Qué podía hacer? ¿Intentar hacer maniobra y girar? No tendría tiempo, aun siendo un hábil automovilista. ¿Poner marcha atrás y volver de ese modo? Un automóvil en marcha atrás no corre nada. Le alcanzarían igualmente y encima él habría hecho el ridículo.

De modo que prefirió afrontar la situación. Detuvo el coche, puso el freno de mano y se apeó.

Los otros avanzaron hacia él.

Eran ocho.

Cuatro de los que «ablandó» la noche anterior, entre ellos Ray, y otros cuatro a los que no conocía, pero que ya eran mayores. Iban bien vestidos y tenían aspecto de ciudadanos honorables de Lumber City. Los mismos que mangoneaban las elecciones, repartían el trabajo en la zona y formaban el comité local del Ku Kux Klan. Todo un conjunto de alhajas.

Murray avanzó hacia ellos.

No podía decir que le alegrara encontrarlos, pero de ningún modo quería mostrar tampoco el menor síntoma de miedo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué han cortado la carretera? ¿No es eso un delito en esta tierra?

Uno de los individuos, el más alto, se encaró con él.

—¿Sabe quién soy?

—Ni idea.

—Soy el padre de Ray. El jefe de las Factorías Ray. Debí haberme oído nombrar.

—Claro que le he oído nombrar. Le felicito por las dos cosas que ha creado en esta vida; sus factorías y su hijo.

—¿Qué trata de decir?

—Nada, nada...

El hombre apretó los puños.

—Tenemos entendido que Baxter le expulsó.

—Bueno, algo así. Me dijo que me fuera. Y justamente ahora iba a irme.

—¿Sí, eh?

—¿No me creen?

—Usted tenía que haberse ido a primera hora de la mañana. En lugar de eso, viene de casa de los Jeffer, donde sin duda habrá depositado sus gotitas de maldito veneno. ¿Qué se ha creído, Murray? ¿Qué puede hacer aquí lo que quiere?

—Ya le he dicho que iba a irme.

—Demasiado tarde.

—¿Qué trata de insinuar?

—Ha agotado nuestra paciencia. Va a quedar tan harto de esta región, que cuando la vea en el mapa pasará enseguida la hoja. Y va a quedar harto por... ¡jesto!

Disparó el puño derecho con todas sus fuerzas y alcanzó de lleno el rostro de Murray, pero éste ni se movió.

Sólo sus dos manos salieron disparadas un momento después, cuando su agresor aún no había reaccionado. Los dos puños volaron al encuentro de la mandíbula de Ray, que produjo un chasquido. El millonario pareció volar y cayó materialmente en los brazos de los que estaban tras él, quienes no salían de su asombro.

Fue su hijo quien aulló:

—¡A él, muchachos! ¡Todos lo habéis visto! ¡Ha pegado a papá!

Murray levantó la pierna derecha.

—¡Toma! ¡De parte de mamá!

El pie dio de lleno en la cara del heredero, que instantáneamente cambió de color. También salió proyectado hacia atrás mientras

lanzaba un chillido casi femenino.

Los otros no esperaron más. Se lanzaron al ataque.

Eran seis contra uno.

Las facciones de Murray se desencajaron, comprendiendo que se había metido en el peor atolladero de su vida. Trató de llegar hasta el coche y sacar al menos la llave inglesa que llevaba bajo uno de los asientos.

Pero no llegó a tiempo de hacer nada. Aquella especie de marea humana cayó sobre él. Varias manos le sujetaron por la espalda.

—¡Ahora verás, maldito!

—¡Toma, perro!

—¡Vamos a demostrarte quiénes somos aquí!

Murray también quiso demostrar quién era él, y en parte lo consiguió. Uno de los que se habían arriesgado más voló por los aires, al ser alcanzado por un terrible gancho. Otro se encogió al recibir un rodillazo en el vientre.

Pero Murray estaba recibiendo también, y golpes más dolorosos todavía. Se dobló, al sentir que se le cortaba la respiración. Le pareció que docenas de manos iban hacia su cara, que le zarandeaban, que le destrozaban por completo.

Doblado sobre el capó de su propio coche, los terribles golpes repercutían en la plancha a través de su cuerpo. Supo que iban a matarle, y lo peor era que no podía hacer nada por evitarlo. Volvían a ser ocho contra uno, puesto que los Ray se habían incorporado al ataque. A veces fallaban golpes de tan amontonados que estaban todos encima de él. Aquello era un linchamiento.

Murray pensó lo mismo que había pensado cuando el florete estuvo a punto de atravesarle; que era una muerte estúpida. Una muerte estúpida en una tierra ignorada y caliente, donde antes no había puesto los pies jamás. Cerró los ojos para no ver las caras de odio de sus enemigos, sus puños ya teñidos en sangre, sus pupilas que ya empezaban a tener la expresión de las de una fiera satisfecha.

Iba a morir. Aquello era el fin... Era además un fin innoble y sucio.

De pronto sonó aquella voz:

—¿Pero qué estáis haciendo? ¡Fuera, granujas, fuera!

Los que golpeaban a Murray fueron apartados como sacos. El

joven, transido de dolor, resbaló por el capó y cayó a tierra. Vio vagamente a Baxter que apartaba a empujones a los agresores, mientras éstos intentaban zarandearle a él.

—¡Fuera! ¡Atrás!

—¿Pero qué se ha creído, Baxter? ¿Aún defiende a este tipo?

—¡Usted mismo debió echarle a punta de revólver!

—¡Se ha convertido en su cómplice, cochino policía!

Todos tenemos nuestro punto flaco, y lo de «cochino policía» sacaba de quicio a Baxter. Éste tumbó por tierra de dos guantazos al que acababa de hablar así.

—¡Y ahora, basta!

Todos se echaron un poco hacia atrás, mirándole recelosamente. Aunque llevaban armas, no se atrevían a usarlas porque darían a Baxter un excelente pretexto para disparar él también. Y Baxter era más rápido.

El jefe de la policía bramó:

—¡Los detendré si no se han presentado en mi oficina antes de media hora a entregar sus armas! No quiero un linchamiento en esta ciudad, ¿entendido? ¡Ya lo han oído todos! ¡Media hora para entregar sus armas!

Ray masculló:

—¿Por qué no nos las quita ahora?

—Porque no quiero obligarles a eso. Porque pretendo que todos ustedes tengan sentido de la ciudadanía y las entreguen. Es un voto de confianza que les doy. ¡Pero si me vuelven la espalda los detendré a todos!

Murray, como estaba medio aturdido, no pudo ver si aquellas palabras habían causado efecto o no en sus agresores. Sólo notó que se alejaban hasta sus coches, estacionados más allá. Oyó vagamente una serie de improperios y de amenazas dirigidas al *deputy sheriff*.

Éste se inclinó sobre él, cuando los otros se hubieron alejado lo suficiente.

—¿Puede respirar, Murray? ¿Le han hundido el pecho?

—Diablos, Baxter... Usted siempre aparece... en... en el momento oportuno.

—Le estaba buscando por todas partes. Ha sido casualidad el que llegara a tiempo.

Baxter le hizo beber un trago de una pequeña botella-petaca que

llevaba en el bolsillo posterior de su pantalón.

—¿Se siente mejor?

—Supongo... que sí.

—Iban a matarle, ¿eh? Demonio, le han puesto la cara nueva.

—No sé si iban a matarme... Pero si no pensaban hacerlo... lo disimulaban muy bien.

—Veo que se siente mejor. En fin, celebro haber llegado a tiempo.

Murray descansó un momento, mientras Baxter le iba limpiando las facciones con un pañuelo impregnado en *whisky*. Sólo al sentirse un poco más descansado susurró:

—Siento lo que ha ocurrido. Sé que... no soy grato en esta ciudad.

—¿Por qué no se ha ido?

—Usted... nunca lo entenderá, Baxter.

—¿Y por qué no había de entenderlo? Soy un hombre como usted, y tengo sus mismos problemas. Pero hay cosas que no cuadran, ¿sabe? Como por ejemplo el que uno se exponga a morir para aclarar la muerte de una artista de *striptease que no debía importarle nada*.

—¿Usted qué sabe si me importa?

Baxter le miró con interés, casi con sorpresa.

—¿Qué dice?

—¿Recuerda la esquila mortuoria que usted mismo me devolvió?

—Sí. La que me dijo que era de un gran amigo suyo.

—Bueno, pues... Pues verá. Es una historia vulgar si quiere, pero que a mí me afectó mucho. Irma Donovan había sido novia mía, ¿comprende? Creo que no fui yo solo. Ella era... ¿cómo decirlo?... Era una chica generosa. Repartía su afecto, su cariño, pero no quería ligarse con ningún hombre.

—Siga.

—Conmigo tal vez hubiera cambiado de vida, pero la desprecié. Sí, ésta fue mi culpa. No quise creer en ella. «Eres mi última esperanza —me dijo—. Eres el único hombre por el que haría cualquier cosa si quisieras creer en mí». Y yo no creí. Le dije que necesitaba cambiarla de arriba abajo, y que como no podía hacerlo, que se fuera al diablo. Creo que... Creo que eso la afectó mucho. Si

antes había sido una artista descaradilla, ahora empezó a prestarse al *striptease*. *Hizo una tournée por varios Estados del país. Estuvo casi dos años ausente y al fin volvió a Nueva York. Volvió retirada de las tablas y... casada con mi mejor amigo.*

Por los ojos de Baxter pasó como una nube de tristeza.

—¿El que luego murió?

—Sí. El de la escuela. Confieso que también me porté mal. No dije nada a mi amigo, pero abandoné su compañía inmediatamente. Ella lo notó. Fue como una bofetada en su rostro. «Es que no te fías de mí —me preguntó cierta vez, por teléfono—. ¿Crees que aun estando casada voy a intentar volver a aquello?». No quise probarlo, por si acaso. Repito que él era mi mejor amigo... Cuando ambos se marcharon de Nueva York para instalarse en Filadelfia, respiré tranquilo. No supe que mi amigo estaba arruinado, enfermo y cargado de deudas. No supe que Irma se había casado con él realmente por amor, y que cuando la enfermedad se hizo insoportable, le instaló en la clínica más cara de la ciudad, y para ganar dinero, volvió a las tablas. Pero lejos, donde él no lo supiese. Vino al Sur...

Baxter tragó saliva penosamente.

Dijo lo único que, al parecer, sabía ahora decir:

—Siga.

—Me enteré por casualidad de la muerte de mi amigo, y él me contó algo de lo que barruntaba. Por medio de una agencia artística supe dónde estaba Irma y lo dejé todo para venir hacia aquí. Mi intención era, simplemente, pedirle que volviese, que la cuestión monetaria ya la arreglaríamos. Pero por el camino supe que él había muerto... y a ella la encontré asesinada. No sé si me comprenderá, Baxter. Yo no creí en Irma, yo la humillé... Lo menos que puedo hacer ahora es descubrir al hombre que la mató... aunque me partan la cara.

Baxter, que le había escuchado en silencio, le ayudó a ponerse en pie.

Sus facciones estaban rígidas, parecían de piedra.

—Por eso aguanta tanto, ¿eh?

—Sí, Baxter. Por eso aguanto todo lo que puedo.

—En ese caso celebro no haberle echado a puntapiés de la ciudad. ¿Sabe qué va a hacer, Murray?

—Diga, polizonte.

—Vaya al hotel, dúchese y descanse unas horas. Veo que no le han reventado el hígado ni le han roto ningún hueso. Creo que con un buen descanso tendrá suficiente. Luego hablaremos de todo esto, ¿sabe? Hablaremos otra vez.

Murray avanzó unos pasos. Al principio sintió vértigo, pero luego se fue dominando poco a poco.

—¿Qué va a hacer mientras tanto, Baxter?

—Muchas cosas... Siempre hay jaleos que arreglar en una ciudad como ésta, aunque no lo parezca. Vamos, le llevaré en mi propio coche. Por si acaso, aún no había liquidado la cuenta del hotel...

CAPÍTULO XI

Murray entrecerró los ojos.

Vio la carretera bloqueada. Vio aquella ruta que conducía a la casa de los Jeffer y en la que estaba su propio coche. Más allá de los troncos se encontraba estacionado el del *deputy sheriff*.

—¿Qué hace? —preguntó Baxter—. ¿No viene?

—Creo que hay una idea mejor.

—¿Cuál?

—Si me lleva se compromete, Baxter. Se compromete demasiado ante esa gente.

El policía le miró socarronamente.

—¿Teme algo, Murray?

—¿Y qué iba a temer?

—Pues, por ejemplo, que le mate.

Murray rió, pero su risita sonó áspera y nerviosa.

—¿Por qué iba a matarme? ¿Qué ganaría con eso?

—Congraciarme con esos tipos. Con los que mandan en la ciudad. Me labraría un porvenir sólo con pegarle un tiro dentro del coche, Murray. Diría que intentó atacarme. ¿Cree que alguien me iba a pedir cuentas por una cosa así?

—No, nadie se las pediría.

—Entonces tiene miedo.

Murray volvió a reír.

—Déjese de tonterías, Baxter. Está usted cargado de tonterías, ¿sabe? Si de alguien me fío es de usted, y por eso no quiero comprometerle. Ayúdeme a desembarazar la carretera de obstáculos.

—Como quiera. Y le agradezco que piense tanto en mí, Murray.

Entre los dos dejaron el camino expedito. Luego siguieron hacia la ciudad, cada uno en su coche. Como el de Baxter era mucho más rápido, pronto Murray lo perdió de vista.

Además, él conducía a poca velocidad, intentando dar tiempo al tiempo para irse reanimando.

El paisaje contribuía a ello.

Era un paisaje dulce, armonioso, como todos los del Sur, con maizales a la izquierda y bosques de árboles no muy altos a la derecha. Un sitio idílico, tranquilo, pacífico...

Bueno, hay momento en que un hombre tiene que cambiar de opinión.

Y Murray se dijo que el paisaje ya no era tranquilo ni idílico cuando aquel disparo de rifle hizo que una bala le atravesara el parabrisas, rozándole la cabeza.

Sus reflejos funcionaron bien, porque de lo contrario con el segundo disparo hubiese quedado muerto. Dio gas y giró el volante al mismo tiempo, hundiendo materialmente el coche entre los maizales. El plomo sólo rozó el techo esta vez.

Murray sintió que se le había secado la boca. Con el coche medio volcado, salió cómo pudo. Hundiéndose entre los maizales, pensó que se había salvado de momento, porque su misterioso enemigo no podía verle.

Inclinado, avanzó, sin mirar a ninguna parte, buscando solo alejarse del coche a toda prisa.

Avanzó, avanzó... Hasta que aquella máscara de goma apareció ante sus ojos. Hasta que aquel cuchillo voló hacia su garganta voraz y silenciosamente.

Murray tuvo el tiempo justo para apartar el cuello, a pesar de que el puñal dejó en éste un hilo de sangre. Cayó entre los maizales, mientras lanzaba un débil gemido. De debajo de la máscara partió un grito gutural.

El cuchillo, con Murray caído en tierra, voló otra vez hasta su garganta. El golpe parecía infalible ahora. Murray apenas pudo contorsionarse y disparar su pierna derecha.

Alcanzó de lleno en el bajo vientre a su enemigo, mientras el cuchillo le rozaba de nuevo. Le pareció que hasta la máscara cambiaba de color. Murray comprendió que tenía que aprovechar aquella oportunidad única y no perdió ni un segundo.

Volvió a golpear con el pie, mientras su enemigo vacilaba. Se arrojó sobre él y rodaron los dos en la penumbra de los maizales.

Era una lucha a vida o muerte, una lucha en la que ya no cabían

explicaciones ni palabras.

Murray comprendió inmediatamente que tenía una decisiva ventaja. La máscara de su enemigo, prácticamente sin aberturas, le hacía muy difícil la respiración. Era una pieza para llevarla unos segundos y nada más, no para luchar con ella puesta. Oía una especie de ronquido debajo de aquella máscara. Detuvo el puñal en el último segundo, cuando ya iba a clavarse en su garganta.

Poco a poco, retorció las manos de su enemigo.

La respiración de éste se había transformado en una especie de estertor. Su fatiga era cada vez más grande, más angustiosa. Las muñecas se le doblaban poco a poco.

Murray comprendió que no podía ceder.

Era una vida u otra. Era un combate hasta el fin.

Empujó de pronto, en un último esfuerzo, las dos manos con las que su enemigo trataba de frenar el avance del cuchillo. Éste se hundió en su garganta, mientras sonaba un loco grito de terror. Murray saltó instantáneamente hacia atrás, mientras dejaba libre a su víctima.

Pero ya nada podía hacer por aquel hombre. Se estaba desangrando a chorros, y su muerte era cuestión de minutos. Murray se inclinó sobre él y le arrancó bruscamente la máscara.

Quedó como petrificado al ver el rostro que había debajo.

Porque aquel rostro era el que menos podía esperar. Era el de...
¡Arnold Jeffer!

CAPÍTULO XII

Murray lo miró con asombro, sin acertar a reaccionar. Sus facciones estaban casi tan lívidas como las del moribundo. Quiso interrogarle, porque mil preguntas se agolpaban en su cráneo, pero no se atrevió. Era inútil. El otro no podía hablar... Sintió que sus dedos temblaban y lanzó al suelo la máscara de goma.

Fue en ese momento cuando oyó aquellos pasos a su espalda, entre los tallos de maíz que se rompían. Fue en ese momento cuando se volvió. Y fue en ese momento cuando vio a tres pasos al jefe de la policía, a Baxter, que le apuntaba con un rifle.

Los ojos de Murray se entrecerraron. No hubiera sido capaz de decir lo que sentía en estos momentos. ¿Era dolor? ¿Era decepción? ¿Era miedo a una muerte que sabía ya no iba a poder evitar? De un modo u otro pasó como una llamarada triste por sus ojos. Y sus brazos le cayeron sin fuerzas a lo largo del cuerpo.

—Ya veo que lleva un rifle

«30-30»,

Baxter —dijo—. Pero no es usted muy bueno tirando.

—Sí que lo soy. Lo que ocurre es que usted ha sido también muy hábil escabullendo el coche.

Miró a Arnold Jeffer, ya muerto, mientras en sus labios se dibujaba una mueca de incredulidad. Pero ni por un momento dejó de apuntar a Murray.

—Me he llevado una buena sorpresa —musitó—. Nunca imaginé que debajo de esa máscara... estuviera él.

—Pues yo sólo me la he llevado en el primer momento, Baxter. Luego he pensado, he dado vueltas a los detalles... ¡Claro! Todo es diabólicamente lógico. George Jeffer debió morir hace algún tiempo. Quién sabe si el mismo Arnold lo mató y ocultó su cadáver, al darse cuenta de que ya no era un anormal, sino una persona

razonable.

—¿Y por qué tenía que haber hecho eso?

—Porque un George loco estaba bajo su tutela, pero un George razonable podía hacerse cargo de los negocios de la Jeffer, que él combinaba a su gusto y de los que obtenía fabulosos beneficios. Incluso puedo suponer que la contabilidad no estaba clara y también le convenía tapar eso. En fin, un George muerto tampoco le convenía, de todos modos, porque entonces la fortuna pasaba a Lorna. Le interesaba que George siguiera viviendo y siendo anormal. Para eso le sirvió muy bien la máscara que el otro había empleado ya, en diversas ocasiones. Se la puso, y, aprovechando las ropas de su sobrino y el hecho de tener aún un cuerpo delgado y bastante juvenil, cometió pequeñas fechorías de tarde en tarde. Sustos a mujeres solitarias, correrías por el cañaveral... Nadie dudó de que fuera el propio George. Nadie, ni usted, Baxter. Ni yo. La primera vez, e incluso ahora, creí a pies juntillas que era su sobrino, un sobrino que ya no existe. A mí me contó la historia fingiendo un gran dolor, como se la debía haber contado a usted y a otros. El caso era que todos seguían creyendo en la existencia de un George medio loco... y nadie disputaba a Arnold Jeffer la administración de la fortuna. Podía haber seguido así casi hasta su muerte.

—¿Pero por qué intentó matarle a usted, Murray?

—No sé si la primera vez, entre los cañaverales, intentó matarme o sólo asustarme, para que yo fuese también un testigo más de que George existía y era peligroso. Hoy sí que ha intentado matarme de verdad, y por dos veces. Se había dado cuenta de que yo estaba dispuesto a llegar hasta el fin y por tanto me había convertido en un obstáculo demasiado serio. En alguien que sabría la verdad.

Baxter le miró fijamente, muy fijamente, mientras levantaba el cañón de su rifle.

—En eso coincidía conmigo, Murray. Porque yo le consideré a usted útil... hasta ahora.

—¿Qué pretendía de mí?

—Muy sencillo; interesarle en esto. Hacer que se quedase y averiguara cosas. Estaba seguro de que las primeras sospechas le llevarían hasta Jeffer, como así fue. Yo conocía bien a ese orgulloso aristócrata. Sabía que acabaría intentando matarle, o que usted le

mataría a él. Eran dos tipos incompatibles, que tenían que chocar. Si tenía la suerte de que usted matara a Jeffer, lograba dos cosas muy importantes para mí.

—¿Cuáles?

—Una, librarme de él. Ya estaba harto de depender de sus órdenes, de que mi destino estuviera en sus manos. Me daba asco, un asco infinito. Pensaba que con Lorna en la cumbre, las cosas serían muy distintas. En segundo lugar, muerto Jeffer, ya teníamos un culpable para el asesinato de Irma Donovan. Porque yo necesitaba un culpable, amigo mío. Necesitaba desesperadamente un culpable... para cubrirme.

La voz de Murray apenas sonó como un soplo helado al preguntar:

—¿Por qué la mató, Baxter? ¿La conocía acaso? ¿Por qué hizo eso con ella?

—¿Qué si la conocía? ¿Pregunta si la conocía? —La voz del policía sonó densa y amargamente—. Claro que sí... Ya sabe que estuve dos años fuera, porque no podía aguantar esto, hasta que volví con las orejas gachas y pidiéndole perdón a Jeffer... Pues bien, durante esos dos años conocí bien a Irma, que estaba haciendo su *tournee* por el Sur, de que usted mismo me habló antes. Me enamoré de ella como un niño. Nunca volveré a amar así... Pero Irma se rió de mí. Es cierto que era generosa... pero también era cruel. Me dio esperanzas y luego me abandonó como hubiera podido abandonar a un perro del que estuviese cansada. Cuando volvió a aparecer por aquí... Yo... Yo no la había olvidado. Creí que quería burlarse de mí al decirme que estaba casada. Me... Me volví loco. No sé cómo lo hice, pero... pero la maté aunque me pedía perdón...

Se pasó una mano por la frente sudorosa, sin dejar de mantener el rifle en línea de tiro, y añadió:

—Ese crimen ha servido para que saliera a la superficie toda la podredumbre que anida en nuestra pequeña ciudad. Para que hombres como Jeffer y como Ray demostraran quiénes son. Para que lo hiciera también Donald, él capataz de Jeffer. Y para que muriera el guardián, que sin duda llegó a ver a Arnold mientras se cambiaba y se ponía la máscara. Porque supongo que se disfrazaba en torno al lago, adonde había dado orden de que no se acercase

nadie. El guardián debió oír ruido, debió creer que por allí andaba la tentadora Lorna y... y se encontró con la muerte.

—Cierto. Así debieron suceder las cosas —dijo Murray con voz inexpresiva.

Baxter tragó saliva lentamente.

—Bueno, muchacho, la muerte de Irma Donovan también sirvió para otras cosas. Para que llegara a conocer a un hombre como usted, capaz de arrepentirse de verdad del daño que hizo un día. Capaz de dejarlo todo para ayudar a una mujer. Me entenece usted, muchacho, pero la virtud no paga dividendos. Cuando baja el telón en la comedia de la vida, baja siempre de una forma ruin. No me costará nada justificar todo esto, ¿sabe? Nada absolutamente. También es cierto que pensaba matarle en mi coche, porque me di cuenta de que no se iría de Lumber City hasta averiguar la verdad. Pero usted no subió... Lo siento, Murray. Quizá en otras condiciones hubiéramos sido amigos. Pero la cometa termina... ahora.

Murray ni siquiera parpadeó.

—Dispare —dijo—. Dispare de una vez, Baxter. Yo he hecho lo que tenía que hacer.

Baxter dijo sencillamente:

—Sí. Cierto que sí, muchacho.

Movió el rifle. Murray sintió un estallido terrible en su cráneo, en el centro de la cabeza. Y el mundo entero terminó para él.

EPÍLOGO

El *deputy sheriff* Baxter dejó el coche estacionado cerca del Club Astor, donde sabía que se hallarían reunidos todos los importantes de la ciudad. Tomó su rifle calibre

«30-30»

y, con él bajo el brazo, avanzó calmosamente.

Parecía más tranquilo que nunca.

Incluso en sus labios flotaba una sonrisa burlona.

Los vio, en efecto, todos allí. Todos estaban en el porche, como esperándole. No sólo no habían llevado las armas a su oficina, sino que las exhibían descaradamente, luciéndolas en sus cinturones. Lo que no habían hecho antes lo hacían ahora... Allí estaban los dos Ray, padre e hijo; los Bukler, los Turmen... Todos los que significaban algo en la comarca. Todos aquellos de los cuales él, de un modo u otro, dependía.

Se detuvo a unos ocho pasos.

La calle estaba desierta, y eso era extraño. Un silencio ominoso, macizo, pesaba sobre ella. Se dio cuenta de que le esperaban. Unas gotitas de sudor resbalaban por la frente de Baxter cuando murmuró:

—¿Y las armas? ¿Por qué no las han entregado?

Ray miró su reloj ceremoniosamente.

—Quizá es que no ha pasado media hora, Baxter.

—¡Ha pasado con creces!

—Bueno, pues entonces cabe otra posibilidad; que no nos haya dado la gana. ¿Ha pensado en ello, Baxter?

Las gotitas de sudor se habían hecho más densas, más pesadas, en la frente del policía.

—Vamos... Quiero sus armas. Al suelo.

Nadie obedeció.

Todos le miraban fijamente, recelosamente.

El *deputy sheriff* avanzó un paso, dos.

Allí estaban. Los millonarios, los poderosos. Los que decían «sí» o «no» en la ciudad. Después de ellos, ya nadie hablaba. Los que le humillaron, los que exhibían sus armas para humillarle otra vez.

Un nuevo paso.

El sudor brillaba ya en toda su cara, junto a su boca.

Ray alzó una mano.

—No se acerque más.

—¿Por qué?

—¡No se acerque más, maldita sea!

—Repito... ¿Por qué?

—¡Se lo advierto! ¡Se lo advierto por última vez! ¡No nos obligue a...!

Baxter rió burlonamente.

—¿A qué, Ray? ¿A ordenar que dispare al tipo que habéis situado detrás de mí? Porque vosotros no lo haréis... Vosotros sois demasiado ricos, demasiado cobardes... ¡Sucia escoria! —Escupió—. ¿Quién es el que está detrás de mí? ¡Anda, habla, Ray! ¡Di su cochino nombre de una vez! ¡Dilo antes de que me vuelva!

Los rostros de los ocho hombres estaban congestionados. Sus ojos errabundos no sabían dónde posarse. Sólo Ray parecía estar sereno, sólo Ray gritó:

—¡Usted lo ha querido, Baxter! ¡Dale, Donald!

Donald, el capataz de Jeffer, disparó desde detrás con su revólver. Su grito de triunfo se transformó en otro grito, este de sorpresa, al ver volverse al policía. Y en un alarido de horror cuando el

«30-30»

disparó dos veces. Y cuando encima de sus hombros no le quedó prácticamente cabeza.

Con una espantosa herida en el pecho, pues Baxter había recibido el impacto desde muy cerca y hacia la altura del corazón, se volvió hacia los «ocho importantes» mientras movía la palanca de su rifle.

—Aún me quedan balas —masculló—. ¡Aún me quedan balas, malditos! ¡De modo que soltad las armas! ¡Soltadlas!

Todos estaban pálidos como muertos, todos sentían que les temblaban las manos.

Sabían lo que aquello significaba; conjuración para matar. Era la cárcel por muchos años, y en todo caso, la ruina para toda la vida.

Pero ni uno solo se resistió. Fueron dejando caer las armas poco a poco.

Los ojos de Baxter se movían peligrosamente en las órbitas. Temblaron sus rodillas, pero logró mantenerse en pie.

—Vamos... —masculló—. ¡En fila india, como los presos vulgares! ¡Todos a la cárcel!

—Baxter... Baxter, usted no se atreverá a... —masculló Ray.

Por toda respuesta, Baxter disparó a sus pies, haciéndole dar un terrible salto.

Instantáneamente todos se pusieron en fila india. Y casi marcando el paso entraron en la cárcel.

El ayudante de Baxter no, podía creerlo. Estuvo a punto de desmayarse cuando le vio cerrar con llave, y sobre todo, cuando vio aquella espantosa herida en su pecho.

—Pe... Pero jefe...

—Cállate, imbécil. Si en el fondo te alegras... Ahora puede que te asciendan y todo... Dame papel timbrado. Y lo que yo escriba lo entregas al juez. Lo que yo escriba lo entregas al juez o te mato aquí mismo...

—Sí... Sí, jefe. Lo... Lo que quiera...

Baxter se había derrumbado casi sobre la mesa. Tomó su pluma y escribió unas líneas sobre el papel que le había ofrecido su ayudante. La mano le temblaba, pero logró escribirlo todo, y aún le quedaron fuerzas para adornar la firma con una rúbrica.

Era una confesión completa. La muerte de Arnold Jeffer. La de su guardián. La conjuración de todos los tipos que ahora estaban entre rejas. La muerte de Irma Donovan. Sobre todo la muerte de Irma Donovan.

Tendió la hoja a su ayudante.

—Toma. Llévalo.

—Sí... Sí, jefe...

Cuando el otro hubo desaparecido, sus fuerzas fallaron por completo. Intentó levantarse para mirar por la ventana por última vez, y ya no le fue posible. Cayó de bruces para siempre, mientras susurraba:

—Lástima. Con lo... con lo bonita... que en el fondo es... la

tierra del Sur...

El hombre que miró desde la puerta, minutos después, se había tenido que limpiar con un pañuelo los hilos de sangre que manaban de su cabeza. El culatazo que le propinó Baxter, en lugar de disparar contra él, había sido de los que hacen desplomarse a un buey. Pero Murray estaba vivo, y además lo bastante despierto para darse cuenta de todo. Para darse cuenta, especialmente, de que Baxter había querido quitarle de en medio para que no lo matasen. Para terminar aquel asunto él... y a su manera.

Murray entró en la oficina. Le levantó un poco la cabeza. Vio sus ojos terriblemente blancos y se los cerró.

Había visto al ayudante entrar en la oficina del juez con un papel en la mano. Y sabía lo que eso significaba.

—Tú también supiste arrepentirte, Baxter —susurró—. Descansa en paz.

Dirigió una mirada circular a la ciudad, aquella ciudad a la que ya no volvería nunca, y entró en su automóvil, más destartado que nunca, y que no sabía ni cómo había podido sacar del maizal.

En las fachadas aún relucían los anuncios:

JEFFER... JEFFER... JEFFER...

Y en el teatro estaba la imagen de Irma Donovan. Estaba la visión turbadora de sus piernas.

IRMA DONOVAN, LA MAS EXCITANTE, LA MAS...

Murray hizo un gesto de infinita tristeza. Arrancó.

Atrás quedaba la ciudad. Y allí estaba el parador, allí estaba la cara de muerto del alegre Johnny.

—¿Qué quiere ahora, forastero?

—Un galón de gasolina. Eso puedo pagarlo.

—Ujú. Por adelantado.

Murray pagó.

Mientras lo hacía, alguien se sentó a su lado. Él giró de repente, sin comprender. Y entonces se encontró con el contacto cálido, con la mirada turbadora de Lorna Jeffer.

—Sabía que pasarías por aquí —musitó ella—. Este trasto siempre va escaso de gasolina.

—¿Y tú qué querías? ¿Regalármela?

—Yo sólo quiero una cosa: Irme contigo.

—Pero, Lorna. ¿Estás loca?

—¿Por qué había de estarlo? ¿Por no querer tener una lápida color rosa? ¿Por no querer envejecer odiando? ¿Por haberme enamorado de ti?

—Estás loca... ¡Porque eres una rica heredera!

—Lo enviaré todo al diablo. En realidad puedo jurarte que ahora no tengo un níquel.

El joven la miró con más detención, la miró de una manera distinta. Vio también la cara de ogro del alegre Johnny. Y aquel anuncio lejano donde se leía: «La medida rápida».

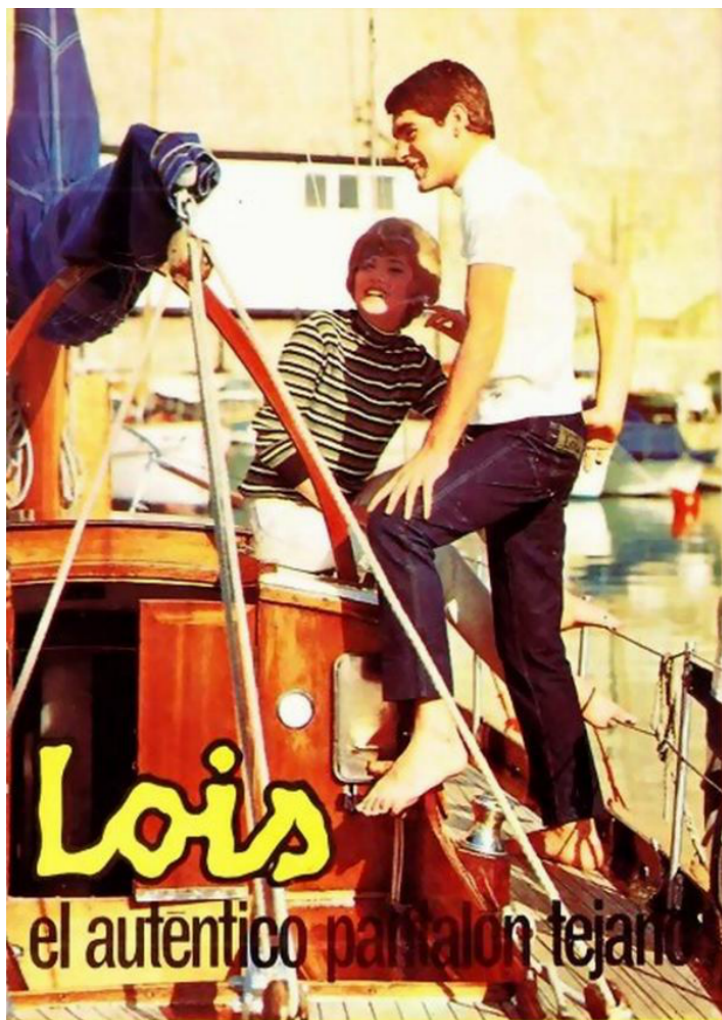
De modo que una sastrería a medida, donde no tomaban medidas a nadie. De modo que un alegre.

Johnny que no había reído en su vida. De modo que una rica heredera que no tenía un dólar.

—Esta ciudad no cambiará nunca —susurró—. Pero en el fondo ya me estaba acostumbrando a ella...

Y besó a Lorna Jeffer. La besó una, dos, tres veces, mientras el alegre Johnny, con la manguera en la mano, iba llenando el depósito sin darse cuenta de que éste vertía ya, de que se estaba arruinando y luego aún estaría más malhumorado el resto de su vida.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

